

# Forum .com



salesianos  
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación  
de Formación

– papeles de  
formación continua –



# La

# puerta

# de al lado

Nº 190 - 24 de enero de 2022

## Índice

<u>Este número</u>	3
<b>La puerta de al lado</b>	
<u>Retiro</u>	4
<b>Una invitación revolucionaria</b>	
<u>Formación</u>	12
<b>Eucaristía, esa extraña fiesta</b>	
<u>Comunicación</u>	24
<b>Cómo comunicar en tu institución y no morir en el intento</b>	
<u>Carisma</u>	27
<b>El fruto de la santidad</b>	
<u>Pastoral Juvenil</u>	31
<b>¡Algo sí se puede hacer!</b>	
<u>La Solana</u>	42
<b>La vejez frente al espejo</b>	
<u>Educación</u>	44
<b>La relación educativa en el Sistema Preventivo</b>	
<u>Lectio divina</u>	59
<b>“Vosotros venid aparte”</b>	
<u>El Anaquel</u>	64
<b>La eucaristía como obra de teatro</b>	
<u>Historias de probada juventud</u>	76
<b>Viajando entre amigos</b>	

**forum.com – papeles de formación continua**

Revista fundada en 2000 – Tercera época

Delegación Inspectorial de Formación

Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé

Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

# ► Este número

## La puerta de al lado

E

n las pocas semanas que llevamos de este 2022 seguro que nos hemos asomado varias veces al Aguinaldo del Rector Mayor para este año en el que se invita a redescubrir la espiritualidad de san Francisco de Sales. Este espíritu está presente en [forum.com](http://forum.com), el subsidio de la Delegación de Formación que, durante todo este curso y, a partir de ahora, lo estará aún más gracias a la propuesta de retiro y el complemento de la sección “Carisma” en la que se recogerán algunos textos del propio Doctor del Amor Divino.

Precisamente en este mes de enero se ofrece una “invitación revolucionaria”. Eugenio Alburquerque recoge estas palabras de Benedicto XVI para presentar la *Introducción a la vida devota* en la que el obispo de Ginebra traza un itinerario de santidad cotidiana. Es lo que propone también el papa Francisco en *Gaudete et Exsultate* cuando alaba la “santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo ... Esa es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, la clase media de la santidad” (nº 7). Una buena propuesta para este mes de tanta santidad salesiana. ¡Buena lectura! Feliz día de san Francisco de Sales.



*Mateo González Alonso*

## Una invitación revolucionaria<sup>1</sup>

*Eugenio Alburquerque, SDB*

En la audiencia general mantenida el 2 de marzo de 2011, el papa Benedicto XVI, refiriéndose a san Francisco de Sales señalaba que el santo obispo de Ginebra hizo en la *Introducción a la vida devota* “una invitación que en su época pudo parecer revolucionaria”. A ella se refiere el Rector Mayor en el comentario de su aginaldo: “ser completamente de Dios, viviendo en plenitud la presencia en el mundo y los deberes del propio estado”.

La “invitación revolucionaria” de san Francisco de Sales a ser completamente de Dios en el mundo, en medio de los afanes y trabajos cotidianos es la propuesta simple y espléndida a realizar en nosotros la imagen de Dios en la que hemos sido constituidos, a vivir la propia vocación cristiana a la santidad. Creados a imagen de Dios, estamos llamados a ser de Dios, a grabar en nosotros su imagen divina, a vivir en Él, con Él y por Él. Se trata, pues, de llegar a ser lo que somos y de serlo gozosa y plenamente.

El obispo de Ginebra hace esta invitación en su libro más conocido y divulgado, *Introducción a la vida devota*<sup>2</sup>: “Dios en el acto de la creación, mandó que cada planta diese fruto según su especie (*Gén 1, 11-12*); de igual modo ordena a los cristianos, plantas vivas de su Iglesia, que produzcan frutos de devoción según su propia calidad y carácter. La devoción debe ser practicada de forma diferente por el caballero, por el artesano, por el criado, por el príncipe, por la viuda, por la doncella, por la casada; y no solo esto, hay que acomodar también su práctica con las fuerzas, las ocupaciones y los deberes de cada estado... Es un error, mejor dicho, una herejía querer desterrar la vida devota de los cuarteles de los soldados, del taller de los artesanos, de la corte de los príncipes, de los hogares de los casados... Dondequiera que nos encontremos, podemos y debemos aspirar a la vida perfecta” (*II, 3*).

---

<sup>1</sup> Presentación del retiro en vídeo en <https://youtu.be/a3BWL4iqGsM>.

<sup>2</sup> *Introducción a la vida devota*, BAC, Madrid 2013. En adelante, *I*, citando la parte y el capítulo del libro.

En cualquier estado, lugar o situación en que nos encontremos estamos llamados a la santidad, es decir, a reproducir en nuestra vida la imagen de Dios. El primer paso es acoger agradecidos la invitación.

## En el centro, el amor

Acoger la invitación a la santidad es acoger la gracia y el amor de Dios. San Francisco de Sales concentra la santidad en lo esencial. Y lo esencial para el cristiano en medio de sus trabajos, relaciones y deberes, es el amor de Dios: “La devoción viva y verdadera presupone el amor de Dios; mejor dicho, no es otra cosa que el verdadero amor de Dios” (I I, 1). La santidad es accesible a todos porque, en el fondo, no es otra cosa que el amor de Dios.

El amor es el secreto de la santidad salesiana. Brota del amor de Dios y se manifiesta en el amor. Para emprender el camino de la santidad hay que creer en el amor y acoger el amor con el que Él nos ama; hemos de vivir en el amor del Padre, como vivió Cristo. Por eso, a lo que se debe tender en la vida espiritual es “a vivir para la gloria del amor divino”. Existe verdadero progreso espiritual cuando se progresa en el amor.

El amor divino nace de Dios; es generado por Él. Dios es amor; por amor nos llama a la existencia y nos da a su propio Hijo como redentor. A cambio de este amor, Él desea que le amemos y nos mueve a hacerlo, respetando siempre nuestra libertad. Cuando el alma se decide a amar y ama al Señor con todo su ser, el amor realiza la unión del alma con Dios, llegando a ser toda en Dios, a vivir plenamente en Dios, a conformarse a Él y a unir su voluntad de amante a la del Amado.

El papa Benedicto XVI enseña que las palabras de la primera carta de san Juan: “Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16), expresan el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y la consiguiente imagen del hombre y de su camino, y ofrecen además “una formulación sintética de la existencia cristiana: *Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*” (DC 1). Arraigada en el corazón de Francisco de Sales está la convicción de que todas nuestras dificultades y problemas tienen una única solución: enseñar a los hombres a amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a sí mismo. Esta es la finalidad de la que se ha considerado su obra cumbre: el *Tratado del amor de Dios*<sup>3</sup>.

Como explica ampliamente en el *Tratado*, Dios no solo ha puesto en el corazón humano la inclinación a amarlo, no solo desea y permite que le amemos, no solo nos invita y exhorta a ello, incluso nos lo manda. Según el santo obispo, no podemos ser auténticas personas sin la inclinación de amar a Dios más que a nosotros mismos, ni ser tampoco

---

<sup>3</sup> *Tratado del amor de Dios*, BAC, Madrid 1995; también en la editorial Edibesa, Madrid 1999. En adelante, T, citando libro y capítulo.

verdaderos cristianos sin practicar esta inclinación. Porque si el amor es el movimiento del corazón hacia el bien, no puede existir otro amor comparable al amor a Dios, cuya bondad está infinitamente por encima de toda bondad.

De manera sencilla y humilde enseña que el amor de Dios tiene que informar toda la vida, todos los momentos de la jornada. En él hemos de vivir siempre, también en los momentos de sufrimiento y aflicción.

Y si el amor de Dios llena la existencia, necesariamente ha de manifestarse en el amor al prójimo. En la enseñanza del obispo de Ginebra aparece de manera diáfana que la caridad procede del amor de Dios y lleva a amar a Dios en el ser humano. Es un amor sobrenatural por el cual amamos al prójimo en Dios y por Dios.

Amar al prójimo por caridad es amar a Dios en el hombre y al hombre en Dios. Amamos a los seres humanos porque hay en ellos algo de Dios, porque, de una manera misteriosa, hay una presencia de Cristo. Y lo más grande que podemos hacer por ellos, es amarles por amor de Dios y con el amor de Dios. En este sentido repetía que hemos de ver al prójimo en el pecho del Salvador: “Quien lo mira fuera de ahí, corre el peligro de no amarle ni pura, ni constante, ni igualmente. Pero ahí, ¿quién no lo amará? ¿Quién no le soportará? ¿Quién no sufrirá sus imperfecciones? Él es el prójimo, está en el seno y en el pecho del divino Salvador y ahí es tan amado y amable que el Amante muere de amor por él”<sup>4</sup>. Con el mismo amor con que Dios nos ama podemos amarle a Él y podemos amar al prójimo. Si nos dejamos amar por Dios y le amamos, si entramos en el dinamismo del amor divino, en el corazón de Dios nos encontramos todo lo que Él ama; en él nos encontramos con todos los hombres.

## **Santidad en lo cotidiano**

La santidad para todos, en cualquier estado y condición, que propone el obispo de Ginebra es santidad que se vive y realiza en la vida cotidiana. No es ajena ni a los cuarteles, ni a los talleres, ni a los comercios, ni a los hogares familiares, ni a los salones de los príncipes. No aparta a nadie de sus tareas de cada día, de su profesión, de su trabajo, relaciones y compromisos; al contrario, estimula a realizarlos con mayor competencia y perfección.

Según san Francisco de Sales, Dios llama e invita a la santidad en las condiciones ordinarias de la vida; la realizamos, gestionando los propios asuntos temporales y ordenándolos a Dios. Es decir, se trata de orientar la propia vida según Dios, de acuerdo con su divina voluntad. En la vida de cada día es donde Dios nos manifiesta su voluntad y su amor. Ella es el ámbito privilegiado para encontrarle. Aunque, con frecuencia las personas estamos tentadas de buscarle en otra parte, en otra época, en

---

<sup>4</sup> *Oeuvres de saint François de Sales* (en adelante: OEA, citando volumen y página) XVII, 214.

una condición de vida diferente a la propia, es sin embargo en la vida real y concreta donde Él se manifiesta.

Para san Francisco de Sales, la vida mística es la vida cotidiana con sus acontecimientos previsibles e imprevisibles, sus sufrimientos y sus alegrías, sus amistades y sus separaciones, sus preocupaciones y sus consuelos; es la vida natural penetrada y empapada por y en la voluntad de Dios. No niega el valor y la posibilidad del éxtasis místico; de él habla abundantemente en el *Tratado del amor de Dios*. Sin embargo, para el santo, la piedra de toque de la verdadera vida cristiana es el “éxtasis de la vida y de la acción”; es decir, la vida cristiana ordinaria, vivida por cada uno según su propia condición, pero enraizada y sostenida en el amor de Cristo.

De manera muy concreta enseña que la voluntad de Dios se expresa en los mandamientos, en los deberes del propio estado, en los acontecimientos que nos ocurren y entretienen nuestra jornada. En el camino de la santidad hay que comenzar por cumplir lo que Dios manda a todos los cristianos: “La devoción no es otra cosa que una inclinación general y una disposición del espíritu a hacer lo que es agradable a Dios... Antes que nada, es necesario observar los mandamientos generales de la ley de Dios y de la Iglesia que obligan a todo fiel cristiano; sin ello no puede haber ninguna devoción” (OEA XII, 346-347).

Pero además de los mandamientos generales hay que cumplir los deberes que nuestra vocación y estado nos imponen, porque también ellos son expresión de la voluntad divina. Es importante ser fiel en la rutina de cada día. No se trata de apartar ni prescindir de los ejercicios y prácticas espirituales, sino de subrayar la fidelidad a la vida real, al trabajo y preocupaciones de cada día, puesto que es ahí donde encontramos la voluntad de Dios.

Es en la vida ordinaria donde Dios nos espera y donde se manifiesta la propia densidad espiritual. En el camino espiritual es necesario, ante todo, enfrentarse con la vida; no huir de las dificultades que conlleva, de las responsabilidades personales y sociales, de la monotonía y de la aridez. En la fidelidad y en la constancia se fragua el verdadero amor. Es necesario confirmar cada día la voluntad de servir a Dios enteramente, sin reservas, según su designio, sometiéndonos a su voluntad no solo en las cosas extraordinarias, sino también en las más ordinarias, incluso en los pequeños disgustos cotidianos.

Por eso invita san Francisco de Sales tantas veces a la práctica de las que llama “pequeñas virtudes”, que conducen a un estilo de vida de honestidad, serenidad y profunda alegría. Del mismo modo, el autor de la *Introducción a la vida devota* quiere persuadirnos de tomar en serio en la vida espiritual, “las pequeñas injurias e incomodidades”, “las pérdidas diarias de poca importancia”, “las pequeñas ocasiones”, “los leves detalles de caridad ordinarios”, “los pequeños dolores y sufrimientos”, porque “como dichas circunstancias se presentan a cada momento, he

ahí un interesante medio para acumular riquezas espirituales” (I III, 35). El más pequeño de estos aspectos y detalles adquiere un valor extraordinario si se vive con amor. No somos más perfectos ni más agradables a Dios por las muchas penitencias y ejercicios espirituales, sino por la pureza del amor con el que los hacemos.

Esta escuela de santidad centrada en el amor, que se desarrolla en la vida cotidiana, está sustentada en una base firme de realismo, mesura, equilibrio y sentido práctico. Es una santidad humana y *humanista*, impregnada de optimismo y alegría. San Francisco de Sales cree en el hombre, en su maravilloso entramado de naturaleza y gracia, en la posibilidad de superación de los propios defectos, en las virtudes humanas. Por una tendencia instintiva al equilibrio y por un conocimiento profundo del corazón humano, se acerca a la persona con comprensión y ternura; no pide grandes esfuerzos ascéticos; es indulgente con la debilidad; anima siempre positivamente en el camino de la perfección: “Nuestras imperfecciones nos van a acompañar hasta la tumba. No podemos dejar de tocar el suelo; no podemos ni estar tirados por los suelos, ni soñar con volar”<sup>5</sup>.

Y uno de los aspectos que llaman la atención en la propuesta de la santidad en lo cotidiano, a la que exhorta e invita el obispo de Ginebra, es su relación a la alegría. Para él, la alegría es el gozo de vivir manifestado en la vida sencilla de cada día; es aceptación de los acontecimientos como camino concreto de la voluntad de Dios. Pero, sobre todo, en su enseñanza, la verdadera y más profunda alegría radica en llegar a “contemplar el rostro de Dios tan deseable, mejor dicho, lo único deseable para las almas...”. Por eso, “nuestros corazones sienten una sed que no puede ser apagada por los deleites de la vida mortal, de los cuales los más apetecidos, si son moderados, no satisfacen, y si son excesivos, aturden” (T III, 10).

La alegría constituye una de las claves de su orientación a la santidad. Como escribe en la *Introducción a la vida devota*, la tristeza “alborota el alma, la pone en inquietud, causa temores extraños, quita el gusto de la oración, adormece y oprime el cerebro; priva el alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo, y abate las fuerzas; es, en fin como un áspero invierno, que priva a la tierra de toda su hermosura y entorpece todos los animales; quita la suavidad del alma, y la hace casi imposibilitada e incapaz en todas sus facultades” (I IV, 12).

Por eso, no solo es necesario evitarla y rechazarla; hay que estar siempre alegres: “Despierte frecuentemente el espíritu de alegría y esté segura de que ese es el verdadero espíritu de devoción” (OEA XIII, 112). Pero la alegría salesiana se sitúa más allá de los éxitos, de que las cosas nos vayan bien; más allá del ruido y el frenesí; más allá de las cosas, de los consumos, de los pasatiempos; más allá de nuestra sensibilidad y afectividad. Su verdadero sentido no es otro que el de la alegría cristiana. Es alegría pascual. Radica en que la alegría de Cristo está en nosotros. ¡Cómo no vivir con alegría,

---

<sup>55</sup> Carta a Angélica Arnaud, abadesa de Port Royal, 16 de diciembre de 1619, en OEA XIX, 75.

si tenemos la certeza de que Dios nos ama y su gracia hace posible que respondamos a su amor! ¡Cómo no vivir con alegría si somos plenamente de Dios!

## Valdocco, palestra de santidad

Si san Francisco de Sales propuso en la Iglesia la santidad para todos, Don Bosco aplica de forma concreta este mensaje a los jóvenes. Todos están llamados a la santidad. Desde los orígenes del Oratorio, Don Bosco crea en Valdocco una escuela espiritual que orienta y guía a los mejores de sus muchachos a la santidad. El paradigma es Domingo Savio, que comprende muy pronto que la santidad es el alma del Oratorio y que, deseoso de alcanzarla, se pone en las manos de Don Bosco para dejarse guiar y conducir. Junto a él, también otros muchos siguieron el camino. Como reconoció Pío XII: “Don Bosco fue un hombre insigne, benemérito de la Iglesia y de la sociedad civil, que poniéndose a la vanguardia del progreso, formó innumerables jóvenes, educándolos en la honradez y santidad de vida”<sup>6</sup>.

Don Bosco guio por el camino de la santidad a muchos jóvenes. Y él mismo labró su propia santidad dedicándose a los jóvenes, viviendo entre ellos y para ellos. El quicio de la santidad de Don Bosco supo captarlo en su profundidad, quien fuera también alumno del Oratorio, Luis Orione, quien siguiendo sus pasos crearía también oratorios para cuidar la educación cristiana de los jóvenes: “Don Bosco se hizo santo porque alimentaba su vida de Dios. En su escuela aprendí que aquel santo no nos llenaba la cabeza de pájaros, sino que nos alimentaba de Dios y se alimentaba él mismo de Dios”<sup>7</sup>. La vida de Don Bosco se explica solo desde Dios. En todo lo que hacía contaba única y completamente con Dios.

Don Bosco fue una personalidad atrayente y arrolladora; sacerdote, educador, fundador, escritor, editor, viajero incansable, iniciador de una escuela de santificación y apostolado en la Iglesia. Pero, si queremos llegar al núcleo dinámico de su vida, de su hacer y de su carisma, hemos de centrarnos en su entrega plena a Dios, en su donación a Jesucristo y con Él a los jóvenes. Esta entrega al Señor y a los jóvenes caracteriza de manera particular la santidad de Don Bosco.

Siguiendo a san Francisco de Sales, la propuesta de santidad que Don Bosco lanza a los jóvenes se vive y realiza también en la vida cotidiana. Sencillamente proponía a sus muchachos el camino del propio deber, convencido de que abrazado por amor y con alegría, contiene todo lo necesario para crecer espiritualmente. Se podría decir que para él, santidad y deber son sinónimos, porque en la mentalidad de Don Bosco, el deber y la vida ordinaria abarcaban toda la realidad juvenil: estudio, piedad,

---

<sup>6</sup> *Don Bosco nella augusta parola dei Papi*, SEI, Torino 1965, 133.

<sup>7</sup> Cit. en F. MOTTO, *Caminar tras las huellas de Don Bosco*, CCS, Madrid 2007, 34-35.

obediencia, amor a Dios y al prójimo. Expresaba sencillamente la voluntad de Dios, lo que Dios quería de ellos en su edad, condición y circunstancias concretas.

Junto al cumplimiento del deber, Don Bosco insistía en el apostolado y la alegría. “Alegría, estudio, piedad” es el programa que propone a Francisco Besuccho cuando llega al Oratorio. A través de un programa sencillo de vida impulsaba a los jóvenes al amor de Dios, concretizado en una amistad íntima con Jesús Eucaristía y en una devoción filial a María.

## **Rehacer el proyecto de la santidad salesiana**

El Rector Mayor designa la invitación a la santidad que san Francisco de Sales dirige a todos los cristianos como “invitación revolucionaria”. El mensaje sorprendió fuertemente en su tiempo. Quizá porque, como advierte el mismo santo, “el mundo difama cuanto puede la devoción”, o quizá porque en aquella época se pensaba que estaba reservada a muy poca gente.

Es posible que hoy suceda algo semejante. Como en los tiempos del obispo de Ginebra, la palabra santidad no suscita grandes adhesiones y entusiasmos. Algunos la identifican con un espiritualismo abstracto y desencarnado, con una mentalidad anticuada y alejada de los valores actuales, con un ascetismo desfasado. Piensan que es algo del pasado; que no es para la gente del siglo XXI. Y quizás, incluso quienes la estiman como un ideal admirable, la juzgan como algo demasiado elevado y costoso que resulta imposible para los hombres y las mujeres corrientes.

Quizá conviene subrayar de manera especial la necesidad, importancia y actualidad de la propuesta salesiana, que, especialmente desde el concilio Vaticano II ha sido ratificada insistentemente por el magisterio de la Iglesia. San Francisco de Sales nos estimula a recuperar el atractivo del mismo término y a considerar lealmente la santidad como “deber esencial” de la vida cristiana. Y tras la huella del santo, Don Bosco nos alienta de forma concreta a vivir la santidad en nuestra vida religiosa y a guiar a los jóvenes por este camino.

En un momento de cambio cultural profundo escribió don Viganó: “el mayor problema que hoy tenemos planteado es recuperar la santidad”. Corremos el riesgo de perdernos en formas externas y organizativas: estructurar obras, revisar comunidades, reformular proyectos, repensar la formación, reforzar la pastoral vocacional, etc. Pero en el fondo de todo ello, como su manantial y alma, está la necesidad de rehacer juntos el proyecto de nuestra santidad... Es el regalo más hermoso y útil que podemos hacer a la juventud”<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> E. VIGANÓ, “Recuperemos juntos nuestra santidad”, ACS 303 (1982) 3-31.

Como expresó san Juan Pablo II en el mensaje dirigido al CG 25: “Tender a la santidad es la mayor respuesta a los desafíos del mundo contemporáneo”. Al final del Capítulo, en la audiencia mantenida con todos los participantes, el Papa nos hacía esta invitación: “Queridos salesianos, ¡sed santos! La santidad es vuestro deber esencial... Constituye la mejor garantía de una evangelización eficaz”.

Es necesario creer en la santidad y creer en su actualidad para llegar a la convicción de que es accesible a todos y es el mejor camino que hay que recorrer. Y quizá más que al concepto abstracto, es importante que miremos al testimonio vivo de Don Bosco santo, Es decir, hemos de mirar la santidad que está en nuestras raíces, la santidad sencilla y alegre, que Don Bosco vive y transmite en el espíritu salesiano, y que bebe en el manantial perenne de la santidad de san Francisco de Sales, una santidad centrada en el amor de Dios, que nos pide ser sus signos y portadores a los jóvenes.

### Para la reflexión y oración personal

- “Él nos eligió en Cristo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor” (*Ef 1,4*).
- “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” (*1 Tes 4, 3*).
- “Conforme a la santidad del que os llamó, sed también vosotros santos en todo vuestro proceder” (*1 Pe 1, 16*).
- “Todos los fieles están invitados y deben tender a la santidad y a la perfección en el propio estado” (*LG 42*).
- “Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra... Sé santo viviendo con alegría tu entrega... Sé santo amando y ocupándote de tu esposa o de tu marido... Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo... Sé santo enseñando con paciencia a los niños... Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales” (*GE 14*).
- “La santidad no es sino la caridad plenamente vivida” (*GE 21*).

## Eucaristía, esa extraña fiesta<sup>9</sup>

*Jorge Oesterheld*

*En contra de lo que pudiera parecer, “la eucaristía no es un premio para los buenos, sino la fuerza para los débiles, para los pecadores”. Son palabras del papa Francisco que, sorprendentemente, han sembrado el desconcierto entre no pocos católicos. ¿A qué se debe esta reacción si es una aclaración muy evidente? ¿Se tienen ideas distorsionadas de algo esencial para la vida cristiana? Volvamos la mirada a la Última Cena de Jesús para recuperar el verdadero significado de lo que estamos celebrando cuando vamos a misa. La eucaristía es una fiesta, pero no como cualquier otra, sino muy particular, tan extraña como la “tabla de valores” del Reino, a la que debemos acudir con la cabeza y el corazón muy abiertos, dispuestos a cambiar la manera de pensar y de actuar, preparados para perdonar y ser perdonados. Porque quien invita no pone condiciones para perdonar las ofensas y el invitado no pone excusas para reconocer sus torpezas.*

El papa **Francisco** lo ha dicho en más de una ocasión: “La eucaristía no es el premio para los perfectos”. Concretamente, en la misa que celebró en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, el 4 de junio de 2015 en la Basílica de San Juan de Letrán, afirmó que “la eucaristía no es un premio para los buenos, sino la fuerza para los débiles, para los pecadores. Es el perdón, el viático que nos ayuda a dar pasos, a caminar”. Es una afirmación que no debería sorprender, más sorprendente resulta que Francisco haya considerado necesario hacer esa aclaración y decir expresamente que la eucaristía no es un premio para “los buenos”.

Para comprender por qué el Papa se siente en la necesidad de hacer este tipo de aclaraciones, es suficiente observar algunas reacciones que sus palabras generan. Son muchos los que muestran disconformidad cuando el Papa se expresa así. Aunque pueda resultar asombroso, son numerosas las personas que en la misma Iglesia se manifiestan desconcertadas ante estas afirmaciones papales. ¿Por qué ocurre algo así? ¿Por qué es necesario que el Papa tenga que explicar algo bastante elemental? ¿Cómo

---

<sup>9</sup> Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.255 del 22-28 de enero de 2022.

es la catequesis en nuestras comunidades, si tantas personas tienen ideas distorsionadas sobre algo esencial en la vida cristiana? Vamos a intentar respondernos.

## Cuestiones preliminares

Comencemos por el principio. ¿Qué es la eucaristía? ¿Qué hacemos cuando la celebramos? ¿De qué estamos hablando cuando decimos “vamos a misa”? “La eucaristía”, “la misa”, “la Cena del Señor”, son algunos de los distintos nombres que se utilizan para designar una ceremonia, una acción, un acontecimiento, algo que se hace, que sucede. ¿Qué “se hace” en la eucaristía? ¿Qué sucede en ella? Varias cosas. La eucaristía es, en primer lugar, un acontecimiento que, a su vez, recuerda otro; es algo que “se hace” para hacer presente un hecho ocurrido en el pasado, para rescatar del pasado un suceso y mantenerlo en el presente, para mantener vivo algo que sucedió en otro tiempo y espacio. “Realizando” la eucaristía, celebrando la eucaristía, se hace presente la Última Cena de **Jesús** con sus discípulos y, al recordar ese momento, al repetir esos gestos y palabras, se trae al presente un acontecimiento que, a su vez, contiene otro acontecimiento.

¿Qué ocurrió en aquella Última Cena? ¿Qué vuelve a ocurrir cada vez que se la hace presente? En aquella cena Jesús anuncia su muerte, se despide de sus discípulos y, al despedirse, les dice que estará nuevamente con ellos cada vez que repitan esos mismos gestos que él está realizando en ese momento. Los discípulos comprendieron lo que su Maestro les pedía y, después de su muerte, comenzaron a replicar ese gesto de Jesús como una forma de hacerlo presente a él.

Por lo tanto, cada eucaristía recuerda un acontecimiento (la Última Cena), que al mismo tiempo recuerda otro acontecimiento (el anuncio de la muerte de Jesús), que recuerda otro más (el hecho de su muerte), y este último hecho trae al presente, a su vez, otro: la completa transformación de unos discípulos que comienzan a anunciar que se han encontrado con Jesús que nuevamente vive. En última instancia, la celebración de la eucaristía es el recuerdo de la transformación de los discípulos al reencontrarse con Jesús, el recuerdo de cómo una experiencia única y definitiva cambió para siempre sus vidas. Al reiterar los gestos de aquella cena, se trae al presente aquel acontecimiento que, además de alterar las vidas de esos discípulos, transforma la vida de nuevos discípulos. Desde hace dos mil años, en las comunidades cristianas, se transforma la existencia de muchas personas cuando repiten esos mismos gestos, cuando celebran la eucaristía.

Cada vez que en el presente siglo XXI celebramos la misa, la eucaristía, la Cena del Señor, hacemos presente, traemos al presente, no solo aquella Última Cena, sino también todas las celebraciones eucarísticas realizadas a lo largo de la historia en todos los rincones del mundo. Por lo tanto, para reconocer la verdadera importancia de lo

que se está haciendo, es necesario tomar conciencia de esa extraordinaria sucesión de acontecimientos que llegan hasta nosotros en el momento en el que nos disponemos para algo tan simple como “ir a misa el domingo”. Debería estremecernos saber que somos parte de esa corriente de vida, de esa fuerza que ha transformado la vida de infinidad de personas, de pueblos y de continentes enteros. En esa celebración se vuelve a hacer presente aquel momento incomparable en la historia de la humanidad.

Como sabemos bien, esa larga historia humana es una historia trágica, en la que día a día presenciamos la muerte y la injusticia junto a emocionantes gestos de amor y servicio. Entrelazada con todas esas vidas se encuentra esta celebración que, al realizarse, recuerda aquellos acontecimientos que transforman tanto el significado de esas muertes y dolores como de esas expresiones de amor y de entrega. El poder transformador que brota de la eucaristía se encuentra en la promesa inaudita que contiene: la muerte no tiene la última palabra, porque la muerte de Jesús no fue definitiva.

De esta manera, el mensaje de esta celebración ofrece una respuesta a la mayor inquietud que se agita en el interior de todo ser humano: ¿la muerte es el final definitivo o el comienzo de otra historia? Así, cada vez que se hace presente el acontecimiento de la muerte y la resurrección de Jesús, se abre una ventana hacia una posibilidad que cambia todo, tanto la vida de los que la celebran como la de aquellos que “no pisan una iglesia” y, también, las vidas de aquellos que ni siquiera se han enterado de los hechos narrados en esa historia.

La eucaristía es algo que “se hace”, que se celebra, en deslumbrantes catedrales donde tiernos niños cantan con voces angelicales, o en precarias construcciones en las que un sacerdote repite las mismas palabras escuchando el sonido de las bombas y las ametralladoras; la eucaristía es algo que “se hace” en voz baja en los hospitales junto a los moribundos y que “se hace” en palacios mientras entra la novia escuchando *Pompa y circunstancia*; la eucaristía es algo que “se hace” hasta que aparece un sicario que asesina al obispo **Romero**. La eucaristía que “se hace” desde hace dos mil años es inseparable de la belleza y la tragedia de la vida humana y, en medio de todas esas historias, repite incansable una promesa incondicional, una promesa sin esa letra pequeña que hay que leer antes de firmar, una promesa salida de los labios de Jesús de Nazaret sin peros ni limitaciones: “Yo estaré siempre con vosotros” (Mt 28, 20).

## La vida y el rito

Es fácil observar que he insistido en la celebración eucarística como algo que “se hace”, como un suceso, un acontecimiento profundamente humano que recuerda una escena conmovedora y trágica. Creo que es necesario recordarlo, e insistir en esto, porque a medida que fueron pasando los años, los siglos, ese acontecimiento para muchos se

fue “reduciendo” a un rito, a una ceremonia, a algo que se debe repetir siempre de la misma manera y que, si se hace de acuerdo con ciertas normas, produce determinados efectos. Esa ritualización de la eucaristía ha sido inevitable y conveniente, pero implica un riesgo que en ningún momento debería olvidarse: el peligro de perder su verdadero sentido evocativo de un hecho y de una promesa. Cuando eso ocurre, los mismos gestos y palabras cambian su significado y se convierten en magia, en fuegos artificiales fugaces que, en lugar de mantenernos conectados a la vida, nos permiten evadirnos por unos instantes de ella.

Los humanos necesitamos de los ritos, y ellos nos acompañan desde la prehistoria. Sin embargo, cuando entra en escena el rito, aparecen también las condiciones para celebrarlo, las cosas deben hacerse de determinada manera y no de otra, y aparecen otras disposiciones más peligrosas: las condiciones que se imponen para participar del rito. Entonces, aquello que nació como una puerta abierta, como una invitación dirigida a todos, se convierte en algo solo para algunos y en determinadas situaciones. Aquello que estaba destinado a acompañar la vida con su barro, su belleza y su sangre (los 11 de septiembre y los abusos, **Teresa de Calcuta** y los dictadores, los naufragos en el mar y los yates de ricos y famosos), queda entonces atrapado en espacios alejados de la vida, espacios desinfectados y, a la vez, esterilizados. La tragedia de la cruz se convierte en crucifijos adornados con piedras preciosas; y el lavatorio de los pies, en alguna limosna destinada a los pobres, a los que no son como los que dan limosnas.

Sí, los rituales son importantes, necesarios, inevitables. Por eso mismo es imprescindible celebrar bien el rito eucarístico, pero “bien” no significa solo “de acuerdo con las rúbricas”; “bien” significa sin convertirlo en magia, sin separarlo de su origen y su significado, sin separarlo de la vida. Celebrar “bien” la eucaristía implica el desafío de recordar que se trata de una oración, de una plegaria muchas veces realizada con lágrimas, de un grito de auxilio dirigido al cielo por quienes necesitamos ser salvados, y no de la repetición de unos gestos que, si son hechos de acuerdo con el ritual, nos aseguran cierta salvación y nos dispensan de la angustia, la inseguridad y el dolor. “Hacer memoria” no es como tomar apuntes o sacar una foto, es volver a vivir aquello que se recuerda y que pertenece a la propia historia, a esa misma vida que ahora estamos viviendo. Lo que hacemos al celebrar la eucaristía pertenece a nuestra historia personal y la modifica.

Celebrar la eucaristía no siempre es agradable y confortable, también puede ser conmovedor y molesto, porque la promesa incondicional que contiene nos desafía a responder con la misma incondicionalidad. Ese “yo estaré siempre” deshace todas nuestras excusas. Ese pan y ese vino que se ofrecen gratuitamente, como un regalo, pueden ser mucho más inquietantes que un rito que nos ofrece la salvación a cambio del cumplimiento de algunas rúbricas o mandamientos. Precisamente porque en la promesa del que nos lava los pies no se nos exige “nada”, nuestra respuesta solo puede ser “todo”. Los ritos son “tranquilizadores”, la eucaristía es desafiante.

Si no vamos más allá del rito y ponemos sobre el altar nuestra vida, solo somos los espectadores de un truco de magia que nos fascina porque sabemos que es un truco. En cambio, cuando nos alejamos de la magia, en el encuentro con esos hechos que en cada eucaristía se narran y se *re-presentan* (se hacen nuevamente presentes) las personas se enfrentan a las preguntas más esenciales de la vida, preguntas relacionadas con el amor y el dolor, la muerte o el sufrimiento, o preguntas sobre la posibilidad de otra vida más allá de esta que conocemos. ¿Es posible otra vida? La sola posibilidad lo cambia todo. Lejos de ser un truco que nos saca de la realidad, la celebración de la eucaristía nos confronta con los mayores misterios de la vida.

Si tenemos en cuenta que cada misa implica un encuentro con relatos y gestos inquietantes, un encuentro con verdades y preguntas que pueden ser incómodas, entonces podemos comprender mejor el hecho de que muchas personas eviten participar de esa celebración, y que otras prefieran “reducirla” a una ceremonia que no está relacionada con la vida cotidiana o una costumbre que se repite sin conocer su significado.

## **La fiesta del perdón**

Quizás como una reacción ante esa excesiva ritualización de la celebración eucarística, que la convirtió en una serie de gestos y palabras que se repiten sin establecer una conexión con el acontecimiento que recuerdan, es posible observar en nuestro tiempo cierta insistencia en señalar que “la misa debe ser una fiesta”, algo más espontáneo que permita una participación más plena, más natural, ¿más humana? Nos encontramos entonces en algunas comunidades con celebraciones que abandonan la rigidez de los rituales y generan encuentros que acentúan el aspecto comunitario de la celebración y en los que no faltan el canto, el baile u otras expresiones similares. Es un paso adelante si lo que se pretende es superar el frío ritualismo, pero esta forma de “hacer” la eucaristía puede convertirse también en una forma de “reducir” lo que en ella se recuerda a “solamente una fiesta”, una fiesta como cualquier otra. Quizás sea una “reducción” más cálida y entretenida, más acorde a nuestros tiempos, pero no deja de ser “una reducción”.

La eucaristía es “una fiesta” muy particular, una fiesta en la que podemos sentirnos tan incómodos como en los ritos más fríos e impersonales; es una fiesta como aquellas de las que nos hablan esas parábolas que utiliza Jesús para describir el Reino de los cielos y en las que los primeros son los últimos y los últimos son los primeros; el hijo que se fue de casa es recibido alegremente y el que estuvo siempre nunca pudo celebrar como quería; en la que el cobrador de impuestos es preferido al que cumple la ley y las prostitutas preceden a los sumos sacerdotes. En otras palabras, son fiestas que pueden poner en crisis existencial a más de uno, fiestas que si no fueran presentadas

así por parábolas del Maestro de Galilea diríamos con propiedad que son fiestas bastante “locas”.

Observemos la que quizás es la fiesta más famosa de todas. El hijo que se ha ido al extranjero y ha dilapidado el dinero de la familia es recibido por un padre que le está esperando ansioso, le abraza y, sin hacerle ninguna recriminación ni esperar algún arrepentimiento, organiza una fiesta para recibirlo.

El joven, por otra parte, no pone excusas, vuelve a su casa solamente porque se le acabó el dinero, reconoce su error, pero no pone pretextos para disculparse. El padre recibe sin condiciones y el hijo comparece sin presentar ninguna defensa. El otro hijo, el mayor, reclama por lo que considera una injusticia, pero el padre corre a buscarlo y le invita a la misma fiesta. El motivo de la alegría está claramente expresado: “Este hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida” (Lc 15, 32). ¿Es esa la alegría en nuestras fiestas eucarísticas? ¿Son fiestas en las que todos están invitados? ¿Son fiestas en las que nos alegramos de que los últimos son ahora los primeros? ¿Fiestas en las que se celebra sin poner condiciones de ingreso, ni pedir explicaciones a los que hace tiempo que no aparecen por casa?

En la extraña “tabla de valores” del Reino, la oveja perdida vale más que las noventa y nueve que están en el corral; el publicano que vive aprovechándose de sus hermanos “es justificado” y el honorable fariseo se queda afuera; el que llega a última hora cobra lo mismo que el que trabajó desde la mañana y el que pasaba por la calle es invitado a una boda real porque otros comensales no habían respondido al convite. La eucaristía es una fiesta en la que nadie puede sentirse muy cómodo: en cuanto creemos que estamos haciendo las cosas bien, podemos ser desplazados al último sitio y desde allí observar cómo otros que “no podemos ni ver” ocupan los lugares más destacados; es una fiesta a la que podemos llegar avergonzados, para sentarnos escondidos en el último lugar, y encontrarnos con el dueño de esa que nos invita a sentarnos a su lado. No es una fiesta para divertirse, es una fiesta a la que hay que ir dispuesto a cambiar la manera de pensar y de actuar, a la que uno debe ir preparado para cualquiera cosa, para perdonar y ser perdonado o para que se nos recuerden todas nuestras debilidades y pecados, una fiesta para la que es necesario tener una cabeza y un corazón muy abiertos. Una extraña fiesta en la que el que invita no pone condiciones para perdonar las ofensas y el invitado no pone excusas para reconocer sus torpezas.

Jesús no termina en la cruz porque invitaba a los pecadores a arrepentirse, eso lo hacían también los sacerdotes del Templo. Lo que se le reprocha al Maestro es que come con los pecadores, que se va a alojar a sus casas, que toca a los leprosos y que se deja tocar por prostitutas. El escándalo inaceptable consiste en que el Nazareno no se relaciona con arrepentidos, con “ex pecadores”, con aquellos que como se habían arrepentido entonces ya no eran pecadores, el Maestro hace otra cosa y lo explica: “No son los sanos los que tienen necesidad del médico, sino los enfermos. Vayan y aprendan qué significa: yo quiero misericordia y no sacrificios.

Porque yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Mt 9, 12-13). Algunos, hasta nuestros días, se escandalizan y se apresuran a intentar explicar de maneras “razonables” estas actitudes y estas palabras de Jesús, pero la eucaristía no es un congreso de moralistas financiado por una multinacional, sino un encuentro de gente normal en el que lo primero que hacemos es reconocer sin excusas que todos somos pecadores y así recibir el abrazo del Padre, que nos espera sin poner condiciones. San **Pablo** dirá más tarde: “Nosotros anunciamos lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman” (1 Cor 2, 9).

En cada eucaristía Jesús pone en práctica aquel consejo que en una ocasión le dio a quien le había invitado a un banquete: “Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. Al contrario, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte!” (Lc 14, 12-14). A eso somos invitados. Así es la fiesta a la que se nos convoca. Recibir semejante invitación genera en el invitado un tipo de exigencia muy diferente a la que viene del Derecho Canónico, de los libros de moral o de los sermones del párroco, una exigencia curiosamente más rigurosa y también menos exigente: solo es posible una respuesta como la del profeta: “Aquí estoy Señor” (Is 6, 8). ¿Qué otra cosa se puede *hacer*? Y decimos “hacer”, porque *decir* eso es *hacer* algo.

## **Sé pastor**

Regresemos ahora a las enseñanzas del papa Francisco sobre la eucaristía como “fuerza para los débiles” y no como un “premio para los buenos”, y hagámoslo a partir de otras palabras suyas en las que ya no habla del tema en general, sino aplicándolo a un caso concreto. En el vuelo de regreso de su visita a Budapest y Eslovaquia (15 de septiembre de 2021), fue interrogado por los corresponsales que le acompañaban sobre el controvertido tema de la posible excomunión –que había sido planteada por algunos obispos– nada menos que del presidente de los Estados Unidos, debido a la postura del mandatario americano sobre el tema del aborto. Concretamente, un periodista le preguntó con picardía qué le aconsejaría al obispo que debe resolver esa cuestión.

El Papa contestó que le diría: “Tú, sé pastor, el pastor sabe qué debe hacer en cada momento”. ¿Cómo debe actuar un pastor cuando se encuentra ante este tipo de situaciones? Según el Papa le explica al periodista, el obispo debe “ser pastor y no ir condenando o no condenando, ser pastor. Ser pastor con el estilo de Dios, y el estilo de Dios es cercanía, compasión y ternura”. Pero, ¿cómo se hace para “no ir condenando o no condenando” cuando se tiene la responsabilidad de conducir una comunidad diocesana o una conferencia episcopal? ¿Cómo es en cada caso concreto “el estilo de Dios”? ¿El Papa está evadiendo una respuesta o está respondiendo con claridad algo

que nos cuesta comprender? Para responder estas preguntas sin enredarnos en líos de moralistas, podemos mirar nuevamente al Maestro de Galilea. “Señor, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?” [pregunta **Pedro**]. Jesús le respondió: ‘No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete’” (Mt 18, 21- 22). En el Reino de Dios suceden cosas difíciles de explicar y, probablemente, una de las más inexplicables sea el perdón incondicional que ofrece Dios a los pecadores, al mismo tiempo que nos exhorta a nosotros a hacer lo mismo: “¿No debías también tú tener compasión de tu compañero, como yo me compadecí de ti?” (Mt 18, 33).

Es inevitable sentir cierta perplejidad de nuestra parte: el perdón como un regalo, tal como lo propone Jesús, perturba nuestro sentido de la justicia, nuestra concepción del orden público y nuestra idea de que en la vida “los que las hacen las pagan”. O deberían pagarlas. El pastor debe administrar esa insólita justicia del Reino, que es diferente a la que deben administrar el juez, o el fiscal o el abogado de este mundo. En este mundo lo que importa es que se cumpla la ley, en el Reino lo que importa es que triunfe la justicia y –ya se sabe–, más veces de las que nos gustaría admitir, la justicia debe ir más allá de la fría ley. Jesús lleva a su punto más extremo la tensión entre la ley y la justicia y, además, en una ocasión dice: “No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la ley o los profetas; yo no he venido a abolirlas, sino a darlas cumplimiento”, e inmediatamente agrega: “Os aseguro que si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos” (Mt 5, 17.20).

El Buen Pastor no nos ofrece una frase clara y directa que elimine las muchas preguntas que aparecen cuando irrumpe en escena el perdón de Dios. Los textos evangélicos dejan la pregunta abierta y, así, se convierte en una pregunta que nos persigue sembrando inquietud en nuestras vidas. Las palabras del Maestro, más que ofrecernos respuestas que zanden la discusión con alguna frase inequívoca y definitiva, nos invitan a que nosotros encontremos por nuestra cuenta y riesgo la respuesta. Quisiéramos eliminar el nerviosismo que las preguntas plantean, pero las palabras y las acciones del Maestro, en lugar de eliminar la tensión utilizando algún concepto incuestionable, nos ofrecen *esa misma tensión* como un camino a recorrer.

La inquietud que genera el encuentro entre el perdón incondicional de Dios y nuestras precarias concepciones de la justicia, tal como la experimentamos los humanos, es un desafío al que solo se puede responder en la vida concreta. Todo indica que no hay una respuesta teórica, a pesar de los esfuerzos de infinidad de teólogos, filósofos, moralistas y muchos otros que, desde prestigiosas universidades, intentan infructuosamente ofrecer soluciones definitivas sobre estas cuestiones. Al parecer, el Maestro no espera de nosotros brillantes respuestas teóricas, sino acciones concretas que intenten hacer presente en nuestras vidas ese Reino al que somos llamados. Lo que importa es el Reino ¡y su justicia!: “Buscad primero el Reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt 6, 33).

Cuando el Papa dice “sé pastor”, no está evitando contestar una pregunta incómoda, está invitando a quien tiene la responsabilidad de resolver la cuestión a responder como un pastor. Con su contestación, Francisco adopta la actitud del Maestro, que desafía a sus discípulos a encontrar por sí mismos una respuesta. La actitud del Papa, lejos de parecerse a la del político que evita comprometerse, se parece a la de la madre o el padre que no ofrecen a los hijos todas las soluciones, sino que confían en ellos y les invitan a buscar sus propias respuestas y a hacerse cargo de sus decisiones. Hay en la vida muchas preguntas que solo se responden ¡haciendo algo!, aun a riesgo de equivocarnos.

Quizás se trata de dejar de pensar tanto, cerrar los libros o apagar el ordenador, y hacer justicia, hacer que la justicia suceda. Quizás se trata de responder como **Abraham** o **María** respondieron: “Aquí estoy”. O hacer como el Maestro: “El que acaba de servirse de la misma fuente que yo, ese me va a entregar”, y poco después, “mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: ‘Tomad y comed, esto es mi cuerpo’” (Mt 26, 23-26). Eso es lo que “se hace” al celebrar la eucaristía. A esa “fiesta” se nos invita.

## Comprender lo que hacemos

Recordemos ahora que, al mismo tiempo que en aquella sala se desarrolla la última cena que comparte Jesús con sus amigos, la vida continúa su curso en Jerusalén. Con excepción de algunas reuniones entre los sumos sacerdotes sobre cómo resolver el inconveniente generado por ese molesto nazareno y ciertas negociaciones con las autoridades romanas, todo transcurre con normalidad. Nada ha cambiado en las casas, los mercados y las calles. De igual forma, hoy la vida continúa sin alterarse mientras en nuestras iglesias se celebra la eucaristía. Sin embargo, en esa mesa en la que el Maestro se despide está ocurriendo algo que significa un cambio en la historia de la humanidad y, en nuestras iglesias, esa misma cena se repite, aunque en apariencia nada se modifique en la marcha del mundo.

Para comprender el significado de la eucaristía, no es tan necesario estudiar liturgia o hacer cursos bíblicos, lo que se necesita es experimentar esa fuerza que transforma las sociedades y las personas, y que se oculta en esas celebraciones que con demasiada frecuencia repetimos distraídamente. Allí se mantienen con vida las palabras y los gestos de ese maestro del perdón llamado Jesús de Nazaret, en un mundo atravesado por guerras, injusticias y odios. Allí se recuerda que al inmenso avance que fue para la humanidad pasar del imperio de la fuerza de algunos al sometimiento de todos a la ley, se agrega otro paso aún más sorprendente: se propone no solo superar la fuerza bruta con la ley, sino, además, ¡superar la ley con el perdón!

Para comprender la eucaristía, es preciso descubrir que se trata de un gesto que va en la dirección contraria de lo que proponen quienes controlan el “orden establecido”; descubrir que en ella se plantea algo completamente nuevo y desafiante, que responde al anhelo más profundo de todos los seres humanos. Quizás cuando se comprenda que “ir a misa” va en una dirección prohibida por las normas sociales, se comprenda también por qué tanta gente prefiere hacer otra cosa los domingos y que muy pocos se arriesgan a seguir a ese Maestro que enseña cosas tan inverosímiles como una justicia sin límites y un perdón para los enemigos.

Quizás falta todavía un largo camino para superar una visión mágica y casi supersticiosa de la eucaristía, una visión que reduce la presencia de Jesús en el pan y el vino a un “milagro” desconectado de la vida cotidiana, un “milagro” que nos mueve a la “devoción”, a “eso que sentimos” durante la ceremonia, y no nos mueve a cambiar nuestra vida. O, peor aún, que convierte el recuerdo de aquella cena en una serie de gestos que procuran ganar el favor de Dios para forzar su voluntad.

De esa manera, nos alejamos de la plegaria confiada de los hijos y reemplazamos la Cena del Señor por algo peligrosamente similar a esos ritos paganos destinados a aplacar la ira divina.

Quizás falta todavía recorrer un largo camino para comprender que, en la predicación y en la catequesis, se habla de la eucaristía como un encuentro vivo con Jesús que nos ama y nos busca, que ofrece su vida para que conozcamos su amor y que irrumpen en la nuestra para transformarla. Sí, es posible que aún falte transitar un camino para comprender que no puede separarse la eucaristía de “hacer justicia”, y que “hacer justicia” no significa vengarse ni imponer un castigo, sino perdonar; que “hacer justicia” no es poner orden, o excomulgar, o llamar a la policía, sino atreverse a la propuesta del perdón, que cambia al mismo tiempo el corazón del que ofende y el del que es ofendido. En otras palabras, atreverse al mandamiento del amor.

Lo que “se hace” en la misa es inseparable de lo que se hace al salir de ella. Solo entonces podemos saber si en la eucaristía nos hemos encontrado con el Maestro de Galilea o solo nos encontramos con nosotros mismos, nuestros problemas, nuestra “manera de pensar” y nuestro egoísmo de siempre. Es inútil buscar los frutos de este sacramento en el olor del incienso, los cantos en latín, los abrazos, los aplausos o los bailes; solo se encuentran en la transformación que nos hace hombres y mujeres más débiles, comprensivos y misericordiosos.

Entonces, ¿todo vale? ¿Es lo mismo esforzarse por hacer el bien que vivir de cualquier manera? ¿Tienen razón los que despotrican contra el papa Francisco? Si pensamos que perdonar quiere decir que “todo vale”, que todo da lo mismo, es porque no hemos vivido nunca la experiencia de perdonar o ser perdonado, no hemos experimentado la fuerza transformadora de la debilidad.

## La fuerza de los débiles

Para descubrir cómo es esa desconcertante fuerza de los débiles que se nos presenta en cada eucaristía, podemos mirar una escena por todos conocida: Jesús comparece ante **Pilato** para ser juzgado y condenado a muerte. Allí vemos que Pilato está en su palacio y rodeado por sus soldados, y que Jesús se encuentra solo e inmovilizado. Sin embargo, a pesar de la situación, Jesús se presenta a sí mismo como un rey, pero no como los reyes de “este mundo”. Según dice el Maestro, los reyes de este mundo son poderosos porque tienen ejércitos que pelean por ellos, pero él es un rey completamente indefenso, su fuerza es muy débil. Pilato no puede creer lo que escucha y le pregunta sorprendido a su prisionero: “Entonces, ¿tú eres rey?” (Jn 18, 37).

La escena no nos presenta a un poderoso y un indefenso, sino a dos fuerzas diferentes. ¿Cuál es el poder del que no tiene ejército, del que no tiene fuerza? Lo dice el mismo Jesús: “la verdad”, “el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato cuenta con sus soldados, Jesús cuenta con “la verdad”. El enfrentamiento parece muy desigual: con la violencia se puede obligar, con la verdad no se puede forzar a nadie, solo se puede hablar, escribir, invitar, pedir, exhortar, llorar.

Cuando Jesús dice “la verdad”, no se refiere a una idea, a la verdad como concepto metafísico, se refiere a la verdad de lo que está ocurriendo en ese momento: él es inocente y Pilato lo sabe. Por ese motivo, aunque el poder de Pilato no tiene límites, si observamos detenidamente, descubrimos que el que parece más atrapado es Pilato, porque él sabía “la verdad”, sabía que se lo habían entregado por envidia y que su prisionero era inocente. Pilato está atrapado, está atrapado por “la verdad”, por eso busca la manera de liberarse de la situación. Pregunta qué mal ha hecho, dice que no encuentra motivo para condenarlo, intenta cambiar a Jesús por **Barrabás** y, finalmente, “hizo traer agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: ‘Yo soy inocente de esta sangre. Es asunto vuestro’” (Mt 27, 24). Lo han puesto en sus manos, puede hacer lo que quiera, pero es él quien necesita lavar sus manos y echarle la culpa a alguien.

Todo su poder no puede silenciar “la verdad” que, a pesar de todo, sigue sonando en su corazón. Esa es la fuerza de “la verdad”, la fuerza de los débiles, no hay manera de silenciarla. Hagamos lo que hagamos y digamos lo que digamos, la verdad sigue hablando, llamando, pidiendo, suplicando. Es solo una palabra que suena, apenas un poco de aire que sale por la boca, pero fuerte e insistente como la gota de agua que horada la piedra. Es solo una palabra que suena y nos persigue sin darnos respiro.

En cada eucaristía que celebramos en un mundo violento, injusto y sordo, estamos tomando partido, cuestionando los egoísmos y superando esa indiferencia de la que

muchas veces habla Francisco. Participar de la eucaristía compromete, implica adoptar una postura en defensa de los indefensos, ponerse del lado de “los que

sobran” en este tiempo en el que en demasiadas ocasiones la dignidad de los insignificantes, de los que no significan nada, es pisoteada. Como dijo el Papa junto a los refugiados en la isla de Lesbos, “ofendemos a Dios despreciando al hombre creado a su imagen, dejándolo a merced de las olas, en la marea de la indiferencia, a veces justificada incluso en nombre de presuntos valores cristianos” (Lesbos, 5 de diciembre de 2021).

Frente a “la marea de la indiferencia”, con la fuerza de los débiles, reiterando “la verdad” sobre lo que está ocurriendo, en cada eucaristía de la que participamos se hace nuevamente presente el Maestro que vive en todos los que aman, y que desde la cruz repite sin descanso: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). A esa extraña fiesta estamos invitados.

# Comunicación

## Cómo comunicar en tu institución y no morir en el intento<sup>10</sup>

*Antonio Torres García<sup>11</sup>*



Vivimos bombardeados de mensajes. Hoy, más que buscar señales, nos estamos acostumbrando a una recepción pasiva de las mismas. Somos un espacio abierto, en el que la decodificación de las preguntas sobre el sentido se ha convertido en nuestra principal misión. Múltiples respuestas llegan a nosotros sin preocuparnos de ir a buscarlas, por eso debemos de filtrar, reconocer qué es lo importante y significativo para nosotros.

La comunicación de nuestra misión se convierte en un nuevo objetivo de la evangelización. Las redes sociales han dejado de ser instrumento para hacerse ambiente de vida donde convivimos y comunicamos nuestra identidad (nuestra acción, nuestro testimonio, nuestro carisma). La finalidad de una comunicación evangelizadora es dar

testimonio, anunciar, ser instrumento, tener presencia y hacer propuestas.

Te propongo un nuevo decálogo: los diez mandamientos de una comunicación evangelizadora, una oportunidad para reflexionar cómo anunciamos la Buena Noticia.

1. **Escuchar a todos, sobre todas las cosas.** Al escuchar conocemos a nuestra comunidad educativa, descubriendo quiénes son, qué dicen de nosotros, cómo se sienten y cómo influimos en ellos. La escucha es la luz principal en nuestra comunicación. Si no escuchas, trabajas a oscuras, pierdes

<sup>10</sup> Artículo publicado en el Blog de Escuelas Católicas: <https://www.blogec.es/como-comunicar-en-tu-institucion-y-no-morir-en-el-intento/>.

<sup>11</sup> Director Área de Evangelización y Pastoral de la Fundación Educativa Santísima Trinidad.

información y dejas a un lado a quienes te ayudan día a día para seguir creciendo.

2. **No deshumanizarás tu marca, tu carisma.** La humanización ofrece exclusividad, aumenta el compromiso con tu carisma y es el arma secreta que nos ayudará a diferenciarnos del resto. Los usuarios quieren ver el nuestro lado más humano, sobre todo, en el espacio digital: habla de manera coloquial y utiliza el sentido del humor evitando una comunicación formal, demasiado fría y corporativa. Una comunicación humanizadora ayuda a que sea sacramento de nuestra misión.
3. **Conócete y no olvides ser un signo visual.** Nuestra comunicación no puede ser de fachada, sino de reclamo, de atracción, de posibilidad concreta y de presencia real del Señor en el mundo, posibilitando el encuentro como algo nuevo, como alternativa, como reflejo del verdadero rostro. Pone en valor lo que realmente somos y eso es lo que nos hace exclusivos: la identidad, nuestra personalidad de marca.
4. **No traicionarás tu personalidad.** La personalidad de marca no es solo el nombre con el que te identificas, sino que representa los rasgos más humanos con los que te identificas. Son las características emocionales, los valores y las virtudes que te identifican, que te representan como único y distintivo. Mantenerse fiel a tu personalidad lleva consigo conocer y reconocer los elementos que son estratégicamente elegidos para humanizar y dar vida a tu marca, al carisma que te identifica.
5. **Segmenta tus contenidos y cuida la comunicación.** La segmentación nos brinda la oportunidad para aprender y mejorar en el conocimiento de las diferentes necesidades, de modo que podamos ofrecer lo que se nos demanda. Con la segmentación, la comunicación se personaliza e individualiza, evitando la reproducción automática de contenidos. Para ello es necesario apostar por un diseño impactante de nuestras acciones, y conseguir de la comunicación un diálogo comprometido que construye y que ofrece posibilidades. Una comunicación segmentada nos invita a alcanzar una comunicación del cuidado, que es capaz de descalzarse ante la dignidad de la persona.
6. **La misión es el objetivo de tu comunicación.** Debemos pasar del proyecto a la estrategia, ser capaces de pasar de la definición de objetivos al método para alcanzarlos, implicando los diferentes aspectos. La estrategia es el GPS que indica nuestra localización y el trayecto a recorrer para alcanzar un destino y cumplir una misión.

7. **Prográmate y cumple todos tus objetivos.** Una buena programación nos ayudará a transmitir el mensaje de manera ordenada y coherente, y a organizarnos de tal modo que podamos cumplir mejor nuestros objetivos. Para ello es importante no perdernos en la improvisación, y que el diseño de nuestras estrategias nos sirva de brújula. Identificar los mejores momentos para publicar es también un punto de clave. Nos facilita la posibilidad de mantener un diálogo fluido y emocional con nuestra comunidad educativa, comprometerlos con nuestra misión y convertir su voz en contenido de nuestra comunicación.
8. **Evalúa, para hacer crecer tu comunidad.** Este mandamiento es elemental para una buena comunicación evangelizadora. Es preciso tener una actitud constante, vigilante y atenta. Para una buena evaluación necesitamos unos objetivos realistas, relevantes y con fecha viable para ser alcanzados. Conocer los resultados de cada una de tus estrategias te permite mejorarlas y tener un mayor control de tus acciones para adaptarte a las necesidades de tu audiencia y ofrecer soluciones a sus problemas.
9. **Permanente, adjetivo ideal para tu formación.** Vivimos instalados en el cambio. Dios se comunica a lo largo de la historia y necesita ser recibido en cada contexto temporal y cultural. Para lograr una buena comunicación evangelizadora, no solo necesitamos una buena formación teológica y religiosa, también una formación técnica especializada. Esto implica una serie de áreas en las que tendremos que estar formándonos siempre. Debemos ser capaces de comprender bien el nuevo espacio digital, entrar en él y evangelizarlo.
10. **No temas pedir ayuda, cuenta con un equipo.** Una comunicación evangelizadora debe realizarse en equipo con personas corresponsables, autónomas, comprometidas y libres. La profesionalización de los diferentes aspectos de la comunicación nos ayudará a llegar a quienes queremos que toque y transforme nuestro mensaje, a cumplir con nuestra misión siendo fieles a nuestro carisma.

No solo es importante comunicar en nuestros centros, es necesario que nuestra comunicación sea evangelizadora para, en palabras del papa Francisco, “despertar la palabra, porque cada palabra tiene dentro de sí una chispa de vida y este es el primer deber del comunicador”.

## El fruto de la santidad

*San Francisco de Sales*

### INTRODUCCIÓN A LA VIDA DEVOTA

#### Parte I. Capítulo III: La devoción conviene a toda suerte de estados y profesiones

Dios, en el acto de la creación, mandó que cada planta diese fruto *según su especie*<sup>12</sup>; de igual modo ordena a los cristianos; plantas vivientes de su Iglesia, que produzcan frutos de devoción según el propio carácter y la propia calidad. La devoción debe ser practicada de una forma por el caballero y de otra por el artesano; por el criado y por el príncipe; por la viuda y por la soltera; por la doncella y por la casada; hay que relacionar su práctica con las fuerzas, las ocupaciones y los deberes de cada estado. Yo te ruego que me respondas, amada Filotea: ¿Sería justo que el obispo observase una vida de soledad semejante a la del monje cartujo? Y si los casados no quisieran poseer nada como los capuchinos; y el artesano pretendiese estar todo el día en el templo como los religiosos, entregado a toda suerte de relaciones para servir al prójimo, como el obispo, ¿no sería todo ello devoción ridícula; desordenada e intolerable? Pues este desorden es muy frecuente y el mundo, que no distingue o no quiere hacer distinción entre devoción e indiscreción de los falsos devotos murmura y censura la devoción que, ciertamente, no es causa de semejantes desórdenes.

No, Filotea, la devoción nada perjudica cuando es verdadera; al contrario, todo la perfecciona y cuando se pronuncia en contra de la vocación de alguno, hay que considerarla como falsa. «La abeja —dice Aristóteles<sup>13</sup>— saca la miel de las flores sin dañarlas», dejándolas íntegras y lozanas como las encontró; pero la verdadera devoción se comporta aún mejor, pues no solamente en nada perjudica vocación ni ocupación alguna, sino que, por el contrario, las adorna y embellece. Las piedras preciosas, introducidas en miel, se tornan más resplandecientes, cada una según su propio color; de la misma manera, cada cual se hace más perfecto en su estado cuando va

---

<sup>12</sup> Gén 1,1.

<sup>13</sup> *Vida de los animales*, 5, v.22.

regido por la devoción. Con ella, el cuidado de la familia se hace más apacible; el amor del marido y de la mujer, más sincero; el servicio al soberano, más fiel, y todas las ocupaciones, en general, más suaves y más amables.

Es un error, mejor dicho, una herejía querer suprimir la vida devota de los cuarteles de los soldados, del taller del artesano, de la corte de los príncipes o de la sociedad conyugal. Ciertamente, Filotea, que la devoción puramente contemplativa, monástica y religiosa no puede desarrollarse en los ambientes citados; pero, además de estas tres clases de devoción, existen otras muchas, aptas para ya procurar la perfección a los que viven en el estado secular. Abraham, Isaac y Jacob; Tobías, David y Job; Sara, Rebeca y Judit nos dan testimonio de ello en el Antiguo Testamento; y en el Nuevo, San José, Lidia y San Crispín fueron perfectamente devotos en sus talleres; Santa Ana, Santa Marta, Mónica, Aquila y Priscila, en sus hogares; Cornelio y los Santos Sebastián y Mauricio, bajo armas; Constantino, Elena, el Beato Amadeo y San Eduardo, en el trono. Y es cosa muy cierta que muchos perdieron la perfección en la soledad siendo ésta tan indicada para adquirirla, y otros la conservaron en medio de la multitud, circunstancia tan poco favorable para ello. «Lot —dice San Gregorio<sup>14</sup>— que se conservó casto en la ciudad, cometió el pecado impuro en la soledad». Dondequiera que nos encontremos podemos y debemos aspirar a la vida perfecta.

## **Parte I. Capítulo IV: Necesidad de un guía para entrar y hacer progresos en la devoción**

Cuando al joven Tobías se le ordenó ir a Ragés, dijo: *No conozco el camino. —Ve, pues —le replicó su padre—, y busca a un hambre que te acompañe*<sup>15</sup>. Lo mismo te digo yo, Filotea. ¿Quieres de todas veras entrar por la devoción? Busca un hombre de bien que te guíe y te conduzca; he aquí la más importante de las recomendaciones. «Por más que busques —dice el Beato Ávila<sup>16</sup>— jamás encontrarás con tanta seguridad la voluntad de Dios como por el camino de esta humilde obediencia tan recomendada y practicada por todos los antiguos devotos».

La bienaventurada Madre Teresa, viendo que doña Catalina de Cardona hacía grandes penitencias, tuvo un deseo vehemente de imitarla, contra el parecer de su confesor, que se lo había prohibido; sintiéndose tentada de no obedecerle en este particular, Dios le dijo: «El camino que sigues ya es cierto: y seguro. ¿Quieres el de la penitencia? Pues a mí me agrada más el de la obediencia»<sup>17</sup>. Con ello la Santa adquirió tal amor a esta virtud que, además de la obediencia prestada a sus superiores, hizo voto de obedecer a un varón excelente, obligándose a seguir sus normas y su dirección, con lo que se vio

---

<sup>14</sup> Homilía sobre Ezequiel, 1, 9, 22.

<sup>15</sup> Tob 5,2.4.

<sup>16</sup> En el comentario *Audi filia*, 55, y en el comentario *Avisos para vivir cristianamente*.

<sup>17</sup> Libro de las *Relaciones*, rel. 3.

muy consolada. Como antes de ella y, después, muchas almas justas, para vivir más conformes a los deseos de Dios, sometieron la propia voluntad a la de siervos suyos, cosa particularmente alabada por Santa Catalina de Siena en sus *Diálogos*<sup>18</sup>. Así la devota princesa Santa Isabel se sometió con entera obediencia al doctor Conrado. He aquí uno de los, consejos que San Luis dio a su hijo antes de morir: «Confíesate frecuentemente, elige un confesor idóneo que, sepa enseñarte a hacer cuanto te es necesario»<sup>19</sup>. *El amigo fiel*, dice el Espíritu Santo, *es una poderosa protección; el que lo encuentra, encuentra un tesoro. El amigo fiel es un medicamento de vida e inmortalidad; los que temen a Dios lo encontrarán*<sup>20</sup>.

Estas divinas palabras, como ves, se refieren principalmente a la inmortalidad, para conseguir la cual hace falta, sobre todo, contar con el amigo fiel que oriente nuestras acciones mediante sus avisos y consejos, inmunizándonos contra las asechanzas y maquinaciones del espíritu maligno; ese tal será para nosotros como un *tesoro* de sabiduría en nuestras aflicciones, tristezas y caídas; nos servirá de medicina para aliviar y consolar nuestros corazones en las enfermedades espirituales; nos guardará del real y nos proporcionará el mayor de los bienes, y si alguna vez nos aquejare la enfermedad, impedirá que nos mate, haciéndonos convalecer pronto de ella.

Mas ¿quién encontrará este amigo? El Sabio responde: *Los que temen, a Dios*<sup>21</sup>. Es decir; los humildes, que desean con ardor adelantar en la vida espiritual. Y como importa tanto, Filotea, proceder con un buen guía en este santo camino de la devoción, pide a Dios con insistencia que te proporcione uno según su corazón y no dudes pues, aunque fuese necesario enviar ¡un ángel del cielo! como hizo con el joven Tobías, te lo dará bueno y fiel.

Él debe ser siempre para ti como un ángel; es decir, cuando lo hayas encontrado, no le consideres como a simple hombre, no pongas tu confianza en él y en su ciencia humana, sino en Dios, que será quien te hable y favorezca por su medio, poniendo en su corazón y en sus labios cuanto sea necesario para tu bien; de forma que le debes escuchar como si fuese un ángel descendido del cielo para llevarte allí. Ábrele tu corazón con toda sinceridad, Manifestándole fielmente cuanto en él hay de bueno, y de malo, sin fingimientos ni paliativos, y te sentirás aliviada y fortalecida en tus aflicciones y regulada en tus consuelos. Pon en él suma confianza unida con cierta sagrada reverencia; de suerte que el respeto no haga decrecer la confianza, ni la confianza sea obstáculo para el respeto; confía en él con el respeto que una hija siente hacia su padre; respétale con la confianza que el hijo tiene con su madre; en una palabra, esta amistad debe ser fuerte y dulce, santa, sagrada, divina y espiritual.

---

<sup>18</sup> Tr. 4.

<sup>19</sup> JOINVILLE, *Histoire de Saint Loys*, último.

<sup>20</sup> Ecl 4,14-16.

<sup>21</sup> *Ibíd.*

Y para ello, elige uno entre mil, dice el Beato Ávila<sup>22</sup>; y yo te digo que entre diez mil porque son mucho menos de lo que parece los capaces de cumplir este oficio. Es necesario que sea un hombre lleno de caridad, de doctrina y de prudencia; si le falta una de estas tres cualidades, el peligro será grande. Te lo vuelvo, a repetir: pídeselo a Dios y, cuando lo hayas conseguido, bendice a su Divina Majestad; sé constante, sin andar buscando a otro y prosigue adelante sencilla, humilde y confiadamente, pues harás un viaje en extremo dichoso.

---

<sup>22</sup> *Avisos para vivir cristianamente.*

# Pastoral juvenil

## ¡Algo sí se puede hacer! Tanteos para la transmisión de la fe hoy<sup>23</sup>

*Javier Oñate<sup>24</sup>*

*Oímos decir con frecuencia que se ha roto el proceso de transmisión de la fe. Sin embargo, lo que se ha interrumpido en realidad es esa comunicación por la que, hasta no hace mucho, los cristianos y la propia Iglesia ofrecían su experiencia creyente –con todo lo que implica a nivel de valores y estilo de vida– a quienes libremente se acercaban a ella. Muchas de las iniciativas que durante años se han emprendido a este respecto, tanto en actitudes como en acciones, siguen en marcha con más o menos frutos. Pero el reto de la transmisión de la fe permanece vigente, a la espera de que promovamos nuevas formas de proponer e iniciar en ella. Se trata, en suma, de aprender de lo que vamos haciendo para hacerlo mejor.*

La fe entendida como decisión personal, como libre respuesta de adhesión a Jesucristo, no puede ser entregada o cedida a otra persona, es intransferible. Entonces, ¿de qué hablamos cuando decimos que “se ha quebrado o roto la transmisión de la fe”? En realidad, lo que se ha interrumpido es la comunicación por la que, hasta hace bien poco, los cristianos y la Iglesia ofrecían a otros su experiencia creyente, las convicciones, símbolos, valores, afectos y estilos de vida que surgían de tal experiencia. Se trata de una “transmisión”, un hecho comunicativo, entre quienes viven ya como seguidores de Jesucristo y quienes podrían serlo si libremente hicieran suya la experiencia cristiana que se les brinda. Estamos hablando de un proceso de personalización activa que, en alguna medida, supondrá una recreación de lo recibido.

Pues bien, lo que se ha roto, interrumpido o debilitado son, justamente, aquellos canales que posibilitaban ese diálogo entre la comunidad transmisora y las personas receptoras. Sin entrar ahora en otras valoraciones, es cierto que funcionaron de manera continua, generación tras generación, pero ya no. Por una o por varias causas, aquellos

---

<sup>23</sup> Pliego publicado en la revista *Vida Nueva*, núm. 3.249 (4 al 10 de diciembre de 2021).

<sup>24</sup> Profesor de Teología Pastoral en la Universidad de Deusto.

ríos que iban ofreciendo la opción de fe ya no llegan, o ya no interesan, a sus destinatarios. Claro que, si la transmisión no va bien, porque se obstruye o se rompe, ¿cómo se harán los nuevos cristianos? Y si el anuncio no les llega, ¿cómo podrán creer? Grave problema para la Iglesia, si tenemos en cuenta que proponer e iniciar en la fe es una de sus tareas esenciales.

Finalizando el siglo XX, las Iglesias de Occidente –y particularmente las europeas– tuvieron que aceptar que su futuro como comunidades vivas de fe y seguimiento de Jesucristo estaba en grave riesgo. Saltó la alarma ante síntomas de mal pronóstico. Nos encontrábamos –dicho con palabras de aquel tiempo– con una falta de relevo generacional, una crisis de reproducción de lo cristiano, un agotamiento de la socialización religiosa, un galopante desenganche eclesial, incluso la *desimplantación* de la Iglesia en países de antigua evangelización. Las alarmantes estadísticas iban confirmando lo que ya se conocía por experiencia directa en el ámbito familiar, parroquial, escolar, mediático...

Hace 25 años, en 1996, los obispos franceses publicaron una carta pastoral de gran resonancia titulada *Proponer la fe en la sociedad actual*. No creo exagerar si afirmo que este documento explicitó con fuerza, también entre nosotros, algo que hacía ya algún tiempo veníamos constatando: la inaplazable tarea de encontrar nuevos motivos, nuevas actitudes y nuevas formas de anuncio e iniciación a la fe. De esa misma época me vienen a la memoria varios estudios relacionados de algún modo con lo que ya entonces comenzábamos a denominar “la quiebra de la transmisión de la fe”. Por citar algunos: *La socialización religiosa de los jóvenes españoles* (1999), de la Fundación SM; el informe sobre los profundos cambios en la familia realizado por el Gobierno Vasco en 1997; el libro de la Semana Pastoral del Instituto Superior de Pastoral de Madrid dedicada a este tema en 1990; los números específicos de las revistas *Concilium* (julio de 1984), *Sal Terrae* (abril de 1999)... entre otras muchas. Algo importante estaba cambiando profundamente en las sociedades europeas, algo que exigía ya un serio discernimiento teológico-pastoral.

En 2001, parecía darse un segundo paso. La clásica carta pastoral de los obispos vascos, publicada en marzo de aquel año, se titulaba *Transmitir hoy la fe*. Dos meses después, en mayo, se convocó en Bilbao un amplio encuentro diocesano bajo el lema *Transmitir la fe. Una apuesta compartida*. Hubo allí, junto con la aportación de varios expertos (**Martín Velasco, Mardones, Prat, Bilbao...**), una primera mesa redonda de experiencias concretas en este campo. También aquel año se publicó el resultado de un sugerente estudio sociológico y teológico-pastoral realizado por el Instituto Diocesano de Teología y Pastoral (IDTP), titulado *Creencia e increencia en la Bizkaia del tercer milenio*. Por otro lado, los obispos de Quebec habían presentado en 2000 su trabajo *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*. Proliferaban los artículos sobre el tema en revistas como *Sinite, Études, Lumen vitae, Teología y catequesis, Idatz...* Tres nuevas aportaciones: en 2002, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, un estudio de J. Martín Velasco que sería referencial; y en 2003, una nueva carta pastoral de los

obispos vasco-navarros, esta vez dedicada a *Vivir la experiencia de la fe*, y un estudio teológico-pastoral del que soy el autor: *De la experiencia a la fe. Una propuesta pedagógica*.

Situaría en el año 2004 el comienzo de un tercer tiempo. La interrupción de la transmisión de la fe, que –como hemos visto– llevaba ya tiempo estudiándose en las Iglesias occidentales, se convirtió en la principal preocupación de los diversos consejos pastorales, de los encuentros y congresos diocesanos, de la vida religiosa, de los centros de enseñanza, de las parroquias... Recuerdo cómo se pasaba de la conciencia del hecho, y de su trascendencia, a la búsqueda de las interpretaciones que facilitasen una actuación evangelizadora coherente con semejante desafío. A modo de ejemplo, recuerdo cómo, en unos y otros lugares, hubo en aquella época encuentros abiertos de sensibilización bajo un provocativo título: *¿Somos los últimos cristianos de...?* Con la ayuda de un experto, se exponía y luego se debatía en torno cuatro cuestiones básicas: *¿qué nos está pasando?*, *¿por qué está pasando?*, *¿qué pasará en adelante?*, *¿qué podemos hacer nosotros?*

Es cierto que, para entonces, al menos en mi contexto eclesial, ya se ensayaban algunas nuevas y buenas iniciativas para renovar la transmisión de la fe, pero todavía eran unos pocos valientes los que se atrevían a ello. Parecía, sin embargo, que era ya el momento de que toda la Iglesia se comprometiera en la elaboración y la ejecución de un plan para la renovación de los procedimientos de transmisión de la fe. En concreto, en mi diócesis, se trabajó en el diseño de un “plan de evangelización” cuyo objetivo general se formuló así: “Renovar los cauces de transmisión de la fe, en las actuales condiciones socioculturales y eclesiales”. Se invitó a participar en su elaboración a todos los sujetos eclesiales y, especialmente, a los consejos diocesanos del presbiterio y pastoral. El resultado fue un plan de conjunto para la evangelización, el tercero en la historia diocesana, previsto para tres cursos que luego fueron cuatro (2005-2009). El plan se articulaba según un objetivo general y tres objetivos específicos con sus correspondientes acciones, pensadas de tal modo que todas las realidades eclesiales, en su diversidad, pudieran implicarse en algunas de ellas. El obispo subrayó en la presentación del documento que él mismo y su Consejo episcopal se comprometían responsablemente con cuanto allí se proponía. Todos –parroquias, centros escolares, instituciones, curia, asociaciones y comunidades religiosas– tenían, pues, una tarea para la renovación que se marcaba como horizonte.

Una vez concluido el tiempo de vigencia del plan para renovar la transmisión de la fe, han ido surgiendo otros. Ahora mismo, estamos a punto de retomar –con los aprendizajes que la pandemia nos está aportando– la recta final de la elaboración del sexto plan diocesano de evangelización.

Querría ahora repasar brevemente lo que entonces se promovió, tanto en actitudes como en acciones. Bastantes de ellas siguen en marcha y han dado más o menos frutos. El reto de la transmisión de la fe sigue ahí, desde luego, pero no hemos estado sentados a la vera del camino a ver qué ocurría. Sirvan estas líneas de reconocimiento a las

personas que, valiente y creativamente, han encendido una cerilla sin contentarse con lamentar la oscuridad. Promover nuevas formas de proponer e iniciar a la fe, que eso es transmitirla, caracteriza ya sin duda lo que será un largo ciclo misionero en Europa misma, como nos dice el papa **Francisco**. Aprendamos pues de lo que vamos haciendo para hacerlo mejor.

## **1. La familia, receptor y emisor fundamental en la transmisión de la fe**

Aun con todos sus cambios internos –en cuanto a roles y dinámicas– y externos –en cuanto a su morfología–, la familia sigue siendo un agente principal e insustituible en la transmisión de la fe. Claro está que, como no se puede transmitir lo que no se tiene, la actividad en este ámbito está más centrada en los adultos –sobre todo, padres y madres, pero también abuelos y abuelas– que en los niños y adolescentes. Se busca, por ello, la revitalización de una fe quizá dormida, mediante su participación en el despertar y el crecimiento cristiano de sus hijos e hijas (nietos y nietas). Las familias que aceptan esta invitación, a la vez que salen del erróneo y nefasto “neutralismo pedagógico”, tan manido, caen en la cuenta de las potentes y sutiles dificultades ambientales, de valores y de estilo de vida, frente a las que deben sostener su apuesta.

En general, lo que se va haciendo se basa en un rediseño y ampliación de los proyectos de socialización en la fe, de modo que realmente participen padres y madres. Se han ido haciendo cambios para estimular una colaboración activa y consciente de los padres en su desarrollo concreto. Enumero algunos proyectos concretos que yo conozco y que, a día de hoy, se siguen promoviendo: catequesis familiar, misa familiar, Pascua familiar, *En casa rezamos juntos*, *Txikienak-proyecto 0-6 años*, acogida presacramental personalizada, escuelas de padres y madres...

## **2. La clave de la experiencia**

La quiebra de la transmisión de la fe lleva ya unos años afectando intensamente a nuestras Iglesias y a su misión. Puestos a buscar las causas de la ruptura –y entre las que se van observando y estudiando–, hay una que destaca y que resumiré así: la falta de experiencia. Al preguntarnos por qué los cauces que hasta entonces habían servido para iniciar a la fe, generación tras generación, ya no funcionaban, caímos en la cuenta de que lo transmitido eran, más que otra cosa, ideas sobre Dios, normas morales y costumbres religiosas. Así, la identidad cristiana consistía, para casi todos, en recibir y practicar tal contenido. Este tipo de transmisión pudo funcionar en un contexto de cristiandad en el que un consistente andamiaje socio-religioso sostenía identidades cristianas poco o nada interiorizadas, libre y conscientemente vividas, sin arraigo personal. Era lo que se definía como catolicismo sociológico o cultural.

Los nuevos valores promovidos por la modernidad y la secularización, como la nueva consideración que las personas tienen de sí mismas, se han encargado de desmontar tal andamio, dejando así a la vista que sin aquel potente soporte exterior las identidades se diluían en un ambiente poco o nada favorable. Basta con repasar los estudios de sociología del cristianismo en Europa para confirmar lo dicho. Descubrimos así –algunos con añoranza y otros con pereza– que había que relativizar los andamios y trabajar más en los cimientos, esto es, en la experiencia cristiana de Dios. Se sumaron a esta tarea, además, personas que, aunque sí se reconocían claramente como cristianos, demandaban con fuerza una vida de fe más sabrosa, menos conceptual, más gozosa, más integradora y auténtica, más centrada en el encuentro personal con Dios.

La experiencia cristiana de Dios es un encuentro con Él gracias al rastro que deja su presencia. Aunque por su transcendencia no podamos captarlo objetivamente, sí que podemos percibir su paso y su atracción en la existencia cotidiana. Cuando esto ocurre, las experiencias humanas, sin dejar de ser humanas, se iluminan y adquieren un nuevo y hondo sentido. La presencia de Dios, definitiva e insuperablemente manifiesta en **Jesús de Nazaret**, como es autocomunicación gratuita, se percibe como llamada, convocatoria e invitación, y espera la correspondencia y la adhesión por parte de la persona que la descubre. En realidad, esto es la fe: la respuesta intransferible a la gracia descubierta y acogida. Una fe así es mucho más que creencias y prácticas exteriores, nace del asombro por la existencia y reorienta en la vida cotidiana.

La clave experiencial está transformando muchas tareas de una Iglesia que aspira a recuperar su capacidad transmisora de la fe en el contexto actual. Creo que hemos de cuidar el cambio de las formas, de los dispositivos y los recursos concretos para la transmisión cristiana, pero hemos de cambiar, sobre todo, la perspectiva desde la que estos se elaboran y se utilizan. Aunque se ha avanzado, seguimos necesitando una mayor socialización de una pedagogía que facilite la conexión entre la experiencia humana y la opción de fe. No es suficiente la buena voluntad, necesitamos insistir en una capacitación pedagógica que facilite que la experiencia humana sea oportunidad para la fe. Recojo varias líneas de trabajo actuales:

- Difusión entre los agentes de evangelización de lo que es la pedagogía de la experiencia.
- Mayor insistencia en la correcta configuración psicológica para la experiencia religiosa.
- Atención a las dificultades socioculturales para la apertura religiosa de la experiencia.
- Promoción decidida de prácticas favorecedoras.
- Intención direccional respecto a los itinerarios para la propuesta de la fe.
- Disposición comunitaria para acoger y para testimoniar su experiencia de fe.

### **3. Una visibilidad eclesial más equilibrada**

No puedo entrar ahora en el pésimo favor que nos hace la imagen mediática de la Iglesia o, mejor dicho, de sus autoridades, para la propuesta cristiana. Sí me refiero aquí a la comunidad eclesial más próxima y accesible, que para todos será la parroquia, y para algunos también el centro escolar católico. Aunque la transmisión de la fe es, sin duda, una de las ocupaciones y preocupaciones fundamentales de esta “Iglesia de proximidad”, no siempre existe la suficiente conciencia comunitaria de la importancia que para ello tiene una visibilidad eclesial positiva, abierta y atenta, aquella que humildemente muestra algunos signos del Reino.

En este ámbito han venido suscitándose iniciativas para actualizar la acogida personal, la transparencia económica y los gestos de solidaridad concreta al hilo de las necesidades sociales. Llama la atención en este campo la comunicación externa de la amplia actividad eclesial en cuanto a la caridad y la justicia: inmigrantes, reconciliación, enfermos y hospitales, prisiones, adicciones, pobreza, apoyo escolar, mayores, personas con discapacidad, desorden económico internacional...

Hablando de la visibilidad comunitaria, quiero citar una línea de trabajo que, o bien pasa desapercibida, o bien no es creativamente atendida: presentar el rostro personal reconocible y reconocido de una comunidad. Una “Iglesia de proximidad” no es simplemente una institución, ni una empresa de servicios, sino, ante todo, una comunión distinguible de personas. Progresar en esa comunión, hecha de nombres y vínculos, puede ser tarea ardua, y exige un equilibrio que nos vacune frente a la fácil deriva endogámica. Para proponer la fe, necesitamos tener un grupo humano estable al que podemos invitar a otros porque “allí hacen lo que dicen”. Algunas iniciativas en esta dirección están siendo los encuentros comunitarios, las asambleas, la promoción de la misa dominical de la comunidad, las peregrinaciones y excursiones, la creación y sostenimiento de redes de comunicación interna...

### **4. Usar el idioma del testimonio**

Según lo que voy exponiendo, resulta evidente que transmitir, proponer o comunicar la fe no puede seguir entendiéndose hoy como el traspaso de unas ideas, valores y prácticas de una generación a otra. En ese esquema, que todavía sigue siendo operativo en algunas mentalidades, los emisores (familia, parroquia, colegio...) deberían ocuparse de la entrega de un conjunto o depósito de creencias, ritos y normas morales, que el receptor solo tendría que recibir y cumplir. O lo tomas o lo dejas. Emisores y receptores juegan entonces un papel prácticamente pasivo, como si unos pretendieran entregar a los otros su identidad cristiana cosificada, sin participación personal significativa, ni por una ni por otra parte. Oí una vez a un compañero definirlo así: como el cartero entrega una carta al destinatario.

Claro está que, al ser la fe una respuesta libre a la llamada del Dios perceptible en las experiencias humanas, ni la mejor voluntad apologética de otros –sean quienes sean– podrá evitar mi propio protagonismo y responsabilidad. No hay fe cristiana auténtica por contagio emocional ni por delegación en otro. ¿Tendremos, pues, que mantenernos como espectadores mudos? De ningún modo, hay un idioma que, a la vez que respeta la libertad, implica personalmente a los interlocutores: el testimonio.

Transmitir hoy la fe está pidiéndonos hablar en otro idioma, que no nos remitamos solo a formulaciones conjugadas en tercera persona (lo que la Iglesia afirma, o lo que tal o cual cristiano excepcional declaró), de modo que podamos compartir experiencias, búsquedas y encuentros. Más que una exposición, se trata de una conversación en primera y segunda persona, en la que lo que se expone está en íntima relación con quien lo dice, ya que ambas cosas se implican mutuamente. ¡Cuántas veces he observado hasta qué punto el lenguaje autobiográfico y testimonial consigue captar la atención y la receptividad de la audiencia!

## **5. Discernir respetuosa y responsablemente el proceso religioso de las personas**

Para poder proponer la fe a una persona, no podemos seguir contando con aquel criterio de cristiandad que suponía que todos los ciudadanos de un país de antigua evangelización –salvo raras excepciones– eran cristianos. En aquel contexto, la misión de la Iglesia consistía simplemente en lograr que fueran “buenos” cristianos; no se dudaba de su identidad, sino solo de la calidad. Hoy día, en cambio, nos resulta imprescindible conocer en qué momento de su biografía creyente se encuentran los destinatarios de la transmisión: habrá quienes, habiendo celebrado los tres sacramentos de la iniciación, sin embargo, no conozcan realmente a Jesús y su Evangelio, por lo que no hayan podido adherirse a él; habrá quienes conozcan a Jesús, pero su opción de fe sea nominal porque carezca de hondura experiencial; habrá quienes se encuentren ya avanzando por el camino iniciático cristiano; habrá quienes se sientan llamados a una auténtica conversión a Jesús, pero carezcan de arrope y testimonio comunitario... En este sentido, hemos de cuidar mucho que exista un ambiente de confianza, de respeto a los ritmos biográficos, de autenticidad personal por parte de todos, a la vez que de estímulo. La propuesta de la fe debe hacerse como invitación, no como imposición, aunque esta sea sutil. Lo que no quiere decir que nos resulte indiferente si la invitación se acepta o se rechaza. No deberíamos olvidar que el principal interesado en la transmisión de la fe es Dios mismo, que quiere darse a conocer a todos. Cada iglesia, cada comunidad, cada creyente se reconocen llamados a colaborar en este descubrimiento salvífico, no como sus propietarios.

Para poder discernir respetuosamente en qué momento de fe están las personas destinatarias de la transmisión, se vienen promoviendo algunos medios pedagógicos de los que resaltaré estos cinco:

- La formulación actualizada y eclesialmente compartida de una “forma de vida cristiana”, lo que algunos también denominan como el “tipo de cristiano adulto”.
- La explicitación de la integralidad y la gradualidad propias de la conversión cristiana.
- La concepción equilibrada que de la condición humana nos brinda la antropología teológica.
- La formulación de los “indicadores” que, además de la buena voluntad y la confianza, se valoran como esperables de una transmisión fecunda de la fe.
- La disposición de unos “itinerarios” estables y adaptables que faciliten la recepción de la propuesta de fe por cada tipo de destinatario.

Aunque muchas veces en el lenguaje pastoral se usan como equivalentes los términos “itinerario” y “proceso”, me ha resultado muy sugerente la distinción. El primero –el itinerario– se refiere más a la propuesta eclesial mediante la que se desarrolla la invitación a la fe y, por tanto, es objetiva, mientras que la segunda –el proceso– se refiere a la experiencia que el destinatario va viviendo y elaborando al poner en práctica el itinerario, y, por ello, siempre original y novedosa. Distinguir ambas cosas, por otra parte, evidentemente vinculadas, ayuda a ser fiel a ambos polos de la conversación.

## **6. Actualizar las mediaciones cristianas para nuestra cultura**

La fe entendida como el acto personal de poner mi confianza en Dios necesita expresarse, y ha ido haciéndolo de modo comunitario en palabras, ritos, símbolos, creencias, relaciones, comportamientos... que llamaremos mediaciones. La transmisión de la fe cuenta con ese capital religioso que ha recibido de generaciones anteriores y que utilizará para facilitar la conversión, el acto de fe, de sus destinatarios. Transmitir o iniciar a la fe exige que la familia, la parroquia y el centro escolar católico pongan a disposición de los actuales aprendices de cristiano su conjunto de mediaciones, sin las que estos no podrían interpretar y personalizar la experiencia que les hará cristianos. Tres son las mediaciones principales que expresan la fe cristiana y que servirán para la comunicación de la fe: la palabra, la celebración y la relación.

Una de las asignaturas más exigentes en la transmisión de la fe es, justamente, “cómo” presentar las mediaciones de la fe a personas que viven en una cultura que ya no es aquella en la que se originaron. No podemos prescindir de lo recibido, desde luego, pero hemos de reinterpretarlo para que pueda ser tenido en cuenta y recibido hoy. Si las mediaciones que nacen de la experiencia cristiana no se renuevan en su presentación, y así las cosificamos, estamos estorbando nosotros mismos la

transmisión de la fe. ¿Qué iniciativas de renovación en las mediaciones cristianas se van promoviendo?

**Una palabra significativa.** Se trata de crear “entornos sociales comunicativos” en los que pueda compartirse una palabra sencilla, comprensible, frágil pero audaz, discreta, dialogante, en los que quepan tanto las respuestas como las preguntas. La reiteración moralista y dogmática tiene que ceder el paso a la narración y el testimonio. El relato, que los ilustrados no aprecian y los tradicionalistas temen, es uno de los tesoros de nuestra tradición. En bastantes comunidades se está produciendo un rescate de la Escritura, de sus historias. Se están ensayando formas para que el texto, sin manipularlo ideológicamente, entre en resonancia con las búsquedas personales de ahora mismo. Recuerdo algunas iniciativas: círculos bíblicos, *lectio*, lectura creyente de la realidad, formación bíblica, recursos oracionales de raíz bíblica, escuela de oración...

**Una celebración auténtica.** La búsqueda y el encuentro con Dios no solo es “conversación”, también se expresa en formas, danzas, música y canto, símbolos y ritos. Formas bellas que manifiestan y, a la vez, avivan el encuentro con Dios. La vida eclesial adolece de una inflación verbal, al tiempo que la comunicación no verbal ha ido quedando reducida a ritos encorsetados y etéreos. La Iglesia, que en otras épocas supo crear y aprovechar la cultura de su tiempo, corre el riesgo de quedar cautiva de liturgias trasnochadas, aunque sigan siendo bellas. La transmisión que nos proponemos debe motivar a la Iglesia para recuperar su autenticidad celebrativa, cuyos valores principales eran la autenticidad de los orantes y la comprensibilidad de los significantes. Señalo ahora intentos en funcionamiento en este campo:

- Disposición de espacios especialmente habilitados para la oración y la celebración.
- Renovación del cantoral celebrativo.
- Incorporación de nuevos recursos simbólicos.
- Difusión y uso de la danza contemplativa.
- Cuidado especial de la calidad celebrativa de la eucaristía dominical.
- Ensayos para lograr una mejor participación de todos en las celebraciones.
- Supresión –o, al menos, una aminoración– del “ruido celebrativo” (Xabier Basurko).
- Difusión del sentido espiritual de la celebración.
- Oratorio...

**Una relación atractiva.** La calidad de las relaciones interpersonales en la comunidad cristiana suele ser un escaparate de referencia para quien se acerca o pasa por allí. La aceptación, el respeto y la ayuda que se perciben en una comunidad eclesial concreta son un primer aspecto a favor de la comunicación de la fe. Creo que, siendo esto válido para todos los tiempos y culturas, hoy se nos plantea un doble reto: por una parte,

quizá bastantes personas se acercan a la parroquia con el previo de que se trata de una empresa de servicios o similar; por otra parte, la Iglesia se encuentra con el formidable reto de discernir para sí misma elementos de la cultura democrática que atestigüen su identidad sinodal. Ambas cosas, en cuanto que son muy reales, pueden llegar a desfigurar el vínculo interpersonal que sustenta una comunidad cristiana. Añadiré que la sola existencia de lazos cálidos en una comunidad eclesial, si ese calor no se comparte efectivamente con los necesitados, resulta un peligroso espejismo. Confieso que –en mi opinión– este compromiso eclesial con la caridad y la justicia juega en estos momentos más a favor que en contra de la transmisión de la fe. Son ensayos en este campo los siguientes:

- Encuentros y celebraciones del núcleo parroquial o comunitario.
- Asambleas y consultas diocesanas.
- Consultas a la Iglesia universal preparatorias del Sínodo.
- Mejora de la acogida en todas sus formas.
- Formas nuevas de contacto exploradas por el tiempo de confinamiento...

## 7. Poner al día la catequesis

La “catequesis” (término habitual para hablar de la catequesis de infancia, que culmina en la celebración de la comunión) ha sido un instrumento clave en la transmisión de la fe: en la *cate*, que existía en casi todas las parroquias, tenía lugar una parte notable de la socialización religiosa de niños y niñas. Sin entrar a valorar ahora los frutos de aquella catequesis, lo que parece evidente es que, ante el serio debilitamiento de nuestra capacidad transmisora de la fe, una de las tareas que asumimos como prioritarias está siendo la puesta al día de la catequesis. Aunque hay muchos textos interesantes sobre este tema (directorios universales y diocesanos, artículos y estudios, conclusiones de encuentros...), querría contar cuáles me parecen los puntos clave de ese reajuste según algunas iniciativas reales que conozco.

Hay que facilitar una mayor vinculación entre la catequesis y el conjunto de la comunidad parroquial. Se busca una relación cotidiana, sencilla y atenta. Lógica y cronológicamente, una parroquia es, antes que una suma de grupos y servicios, un grupo de personas diversas pero convocadas por la misma fe en Jesucristo. El riesgo de la atomización afecta no solo a la catequesis, sino a todos sus actores. Poner al día la catequesis pasa hoy por su participación – catequistas, responsables, niños y niñas, familias... – en la vida común de la parroquia, especialmente en la eucaristía dominical. Y pasa, no lo obviemos, por una renovación de toda la vida comunitaria, capacitándola para convocar y acoger a la *cate*.

Precisamente porque la catequesis es misión y responsabilidad de toda la comunidad, es esta la que llama y envía a algunas personas para la tarea. Veo que en bastantes

lugares se está reforzando esta doble convicción, ya casi olvidada. La catequista muestra su disponibilidad y es la comunidad quien la envía. En la catequista importan mucho, además de la buena voluntad y la disponibilidad objetiva de tiempo suficiente, su identidad cristiana y su vocación de servicio. Una cuestión delicada en este ámbito es el del relevo de las catequistas.

¿Cómo hacerlo sin herir a las más veteranas, que seguramente podrán disponerse para otro servicio? ¿Cómo invitar a nuevas catequistas si no perciben que hay hueco para ellas y sus cualidades? ¿No es positiva la renovación de los equipos con personas más jóvenes que, además, quizá puedan vivir en la *cate* una experiencia cristiana accesible?

Ya hemos dicho antes que, sin la complicidad de la familia, la transmisión de la fe a los más jóvenes resulta quimérica. Sin la colaboración afectiva y efectiva de padres y madres, bien entendida y asumida en la familia, la *cate* se convierte en un esfuerzo voluntarista de los agentes pastorales. También en esto el compromiso debe ser mutuo. Hay un esfuerzo en mostrar a padres y madres que su colaboración con la catequesis es una de sus mejores aportaciones en el crecimiento cristiano de sus hijos. Se reconoce que, al menos hasta ahora, ha existido una cierta ambigüedad en las motivaciones familiares para inscribir a los niños en la *cate*. Pero esto, ni es todo ni es en todos. Veo que cada día hay más propuestas de “catequesis familiar”, algunas con largo recorrido y buenos frutos. ¿Se puede hacer algo? Sí, y como en los apartados anteriores paso a enumerar realidades ya en marcha en la catequesis, ensayos que son más que deseos:

- Misa dominical familiar, cuidar que las celebraciones de algunos días señalados (Nochebuena, Domingo de Ramos, Corpus...) estén especialmente invitadas las familias.
- Acompasar las celebraciones comunitarias del sacramento de la reconciliación de la catequesis a los tiempos penitenciales.
- Presentación a toda la comunidad de los que han celebrado la comunión en la misa del Corpus.
- Difundir las propuestas de crecimiento cristiano que existen en la parroquia antes y después de la edad de catequesis.
- Ofrecer a las familias recursos adecuados para rezar en familia, una formación sencilla sobre cómo rezar, cómo educar la moralidad, cómo perdonar...
- Celebrar al comienzo de cada curso el “envío” de las catequistas.
- Discernir y convocar anualmente personas para ser catequistas...

Hasta aquí llego por hoy. Quedan bastantes otras iniciativas por presentar: el acompañamiento religioso en hospitales, residencias y prisiones; la transmisión en la crisis adolescente; la pastoral en los centros católicos; el sentido de la asignatura de Religión; la nueva comprensión competencial; la fecundidad testimonial de la vida religiosa; transmitir la fe siendo minoría... Y otros que desconozco, pero que tú podrás añadir a la lista.

## La vejez frente al espejo en tiempos de la Covid-19<sup>25</sup>

*Diego Bernardini<sup>26</sup>*

*Esto no va solo de coronavirus, sino de la incertidumbre sobre nuestros años finales, una duda que nos ha surgido a todos en esta pandemia.*

El paso del tiempo y sus efectos en las personas son cuestiones que forman parte de los misterios de la vida, en especial en estos tiempos donde la juventud esta sobrevaluada. La búsqueda de teorías que pudieran explicarlo se remonta a tiempos ancestrales. Lo que hoy está claro es que ser una persona mayor es ser parte de un grupo que se exime de cualquier posibilidad de caracterización porque la norma es la diversidad. Delinear y definir cuándo se es mayor, sea a título personal o colectivo y con todos los estados funcionales (fisiológicos, cognitivos, sociales y de identidad sexual), supone una tarea que carece de una respuesta única.

Envejecer y el devenir del tiempo es algo que desafía toda lógica. Un estudio del estadounidense Pew Research Center que analizó a 3.000 personas mostró que el 65% de los que llegan a los 60 años se sienten jóvenes a esa edad. Esto significa que las percepciones propias juegan un rol fundamental. Ese mismo estudio también concluyó que quienes tienen por debajo de 30 años, piensan que la vejez comienza a los 60, pero aquellos que estaban en la mediana edad señalaban este comienzo a los 70. Por otro lado, los que andaban en los 65, o algo más, consideraban el inicio de la vejez en los 74 años. En estas percepciones, el género es algo que también influye. Las mujeres señalaron que una comienza a ponerse “vieja” a los 70, mientras ese número mágico en los hombres se ubicó en los 66 años.

En España, un estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas preguntó: ¿A qué edad piensa usted que alguien es una persona mayor? Aquellos que tenían entre 20 y

---

<sup>25</sup> Publicado en “El País” (7 de junio de 2020).

<sup>26</sup> Profesor titular de Medicina en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.

29 respondieron que a los 67 años. El comienzo más tardío lo expresaron aquellos que habían pasado los 80 que respondieron que la vejez comenzaba a los 70. Es curioso porque también existen diferencias según el país en que hagamos esta pregunta.

El estudio *Predicciones sobre la edad a lo largo de Europa* de 2011, determinó que en Turquía el comienzo de la vejez acontece a los 55 años, en España y Suecia a los 62 y para los griegos, a los 68 años. Se me ocurrió hacerles esta misma pregunta a mis estudiantes de segundo año de la carrera de Medicina de la Universidad Nacional de Mar del Plata, suelen ser más de 300 alumnos por año, y en 2018 su respuesta fue a los 67.

La situación de la pandemia ha puesto el foco sobre algo que ya existía y es la falta de atención y los estereotipos que rondan y afectan la vida de las personas mayores. Algo que, por otro lado, es lo mejor que nos podría ocurrir como personas y como país. La longevidad no solo es un triunfo personal, sino una medida de desarrollo social para todos.

El confinamiento que llevamos viviendo desde hace semanas nos ha obligado a tener un reencuentro con nosotros mismos. El encierro nos confronta con nuestras emociones más íntimas y personales. Y debería ser una experiencia que nos permita pensar en nuestro anciano o anciana interior y en ese futuro incierto ante una situación que escapa a nuestro control y que la mayoría de personas, también los mayores, de hoy nunca imaginaron. Esto no va solo de coronavirus, sino de la incertidumbre sobre nuestros años finales. La pandemia nos lo ha mostrado brutalmente, aunque algunos no seamos personas mayores, al menos por ahora.

## La relación educativa en el Sistema Preventivo<sup>27</sup>

*Gonzalo Jover Olmeda<sup>28</sup>*

### Introducción

Entre las teorías educativas que en la historia contemporánea han desarrollado los más grandes pedagogos se encuentra el sistema preventivo de San Juan Bosco (1815-1888). Conocido principalmente en el ámbito pedagógico por su labor educativa de las Escuelas Profesionales para la elevación material y moral de la juventud económicamente peor dotada, Don Bosco no se propuso, sin embargo, la elaboración acabada y sistemática de una teoría pedagógica, sino que, con su característico espíritu realista, atendió, prioritariamente, a remediar la triste situación educativa en que se encontraba la juventud de su época, empezando por la que tenía más cerca, es decir, por la juventud de Turín, ciudad que por aquel entonces iniciaba su proceso de industrialización. El sistema preventivo no nace, pues, tanto del análisis sereno de las cuestiones educativas, como de la formulación teórica de los principios pedagógicos emanados de la tarea formativa misma y, por otra parte, su interés no es exclusivamente histórico, sino que, además, en sus líneas fundamentales y con las actualizaciones necesarias, sigue siendo la base sobre la que se desarrolla la actividad de los continuadores de la labor educativa de Don Bosco: Salesianos, Hijas de María Auxiliadora o Salesianas y Cooperadores Salesianos o externos.

Sistema preventivo en el que alcanza máxima importancia la manera de Don Bosco de entender la relación educativa, la cual supone, por así decirlo, la concreción práctica de todos sus principios sobre educación, por lo que en el pensamiento pedagógico de este autor podemos aplicar con toda propiedad aquellas palabras de Gusdorf: «El

---

<sup>27</sup> Publicado en la “Revista Española de Pedagogía”, año XLI, n.º 162, octubre-diciembre 1983.

<sup>28</sup> Universidad Complutense de Madrid.

coloquio singular entre maestro y discípulo... sigue siendo el punto central de una reflexión seria sobre el sentido de la educación»<sup>29</sup>.

El análisis de tal relación educativa en el ámbito general del sistema preventivo se constituye, así, en el objetivo del presente estudio, en el que intentaré poner de manifiesto sus notas más características, para lo que me basaré, fundamentalmente, en las obras pedagógicas de nuestro autor. En efecto, como es sabido, especialmente dirigidos a sus jóvenes, escribió Don Bosco novelas y tratados de religión, historia, aritmética y agricultura. También escribió y editó diversas publicaciones periódicas, entre las que sobresalen las *Lecturas Católicas*, iniciadas en 1853. Por último, entre las obras en las que expone más directamente sus ideas sobre educación, merecen destacarse: *El joven provisto para la práctica de sus deberes y de los ejercicios de la piedad cristiana*, escrito en 1847; el breve opúsculo *El sistema preventivo en la educación de la juventud*, editado en 1877 y que recoge de manera sintética y esquemática el pensamiento pedagógico de Don Bosco; los *Recuerdos confidenciales a los directores*, que fueron escritos por primera vez en 1863 y posteriormente reelaborados y modificados varias veces; la *Carta circular sobre los castigos*, de 1883, que no vio la luz hasta que fue encontrada y publicada por Eugenio Ceria en 1935; la *Carta al Oratorio sobre el espíritu de familia*, de 1884, considerada como el documento esencial de la pedagogía de este autor; las biografías de algunos de sus alumnos y diversos reglamentos y constituciones.

Ahora bien, la concepción de la relación educativa de Don Bosco es inseparable de su teoría pedagógica global, por lo que no puede ser comprendida en todo su sentido si no es encuadrándola en el marco general de tal pensamiento pedagógico. Por ello, será necesario que, antes de adentrarnos en su estudio, dediquemos unas breves consideraciones a los principios generales en los que se basa el sistema preventivo, tras lo cual podremos ya abordar con entera propiedad la manera de Don Bosco de entender la relación educativa en sus dos dimensiones fundamentales, esto es, como relación entre educador y educando y como relación entre los compañeros.

## 1. Principios del sistema preventivo

Hablando de los diferentes métodos educativos, tanto ideales como reales, y situándolo entre estos últimos, escribe Hubert Henz sobre el método o sistema preventivo: «*Prevenire e non reprimire* era la máxima de Don Bosco. Evitar que se produzcan las faltas, para no tener que castigarlas cuando ya se han cometido. Es una posición análoga a la del principio fundamental de la medicina: *primo non nocere*. El objetivo del sistema preventivo es preservar al niño y al adolescente de faltas y de un desarrollo torcido. Se evita con ello la necesidad de tener que curar después al

---

<sup>29</sup> GUSOORE, G. (1977) ¿Para qué los profesores?, p. 41 (Madrid, Edicusa).

muchacho extraviado». En efecto, prevención contra represión será el precepto educativo de Don Bosco; evitar que se produzcan las faltas para no tener que castigarlas una vez cometidas, es el principio rector del sistema preventivo. Con todo, es preciso señalar cómo Don Bosco no descarta por completo la corrección y el castigo, sino que es de la opinión de que, en ciertas ocasiones, éstos también son necesarios. Para ellos da unas orientaciones precisas: no castiga sino después de haber agotado otros medios; no reprender en público; no utilizar nunca castigos físicos; emplear preferentemente castigos negativos (retirada del afecto, por ejemplo) y escoger para corregir y castigar el momento oportuno, para que la sanción tenga su base en la razón y no en la pasión.

El sistema preventivo tiene sus fundamentos en la razón, la religión y el amor: «Este sistema –escribe Don Bosco– descansa por entero en la razón, la religión y el amor; excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aún los más suaves».

Razón, porque Don Bosco, comprometido con los jóvenes, es conocedor de sus distintas posibilidades y hace de este fundamento educativo el elemento diversificador de su pedagogía. Razón, también, para que el alumno conozca el porqué de las normas y correcciones que se le imponen y, así, no sólo las acate, sino que las comprenda y acepte. Por todo ello, Don Bosco introduce la razón en todos los elementos de su sistema: en el estudio, la disciplina y obediencia, las correcciones y castigos..., incluso en las prácticas de la religión.

Religión, que dicte a la razón los preceptos para la acción. Pero, religión a su vez basada en la razón y alejada de toda imposición arbitraria. En este sentido, escribe Aufray: «Uno de los más caros principios de Don Bosco fue... el celoso cuidado con que respetaba la libertad religiosa de los niños. Facilitar a sus hijos lo más posible el acercamiento a los sacramentos, inclinar suavemente sus almas a la oración, insinuar hábilmente los graves pensamientos que hacen madurar las decisiones beneficiosas, exhortar, aún directamente, a esos pequeños cristianos a modificar su vida o a hacerla mejor acercándose al perdón de Dios o a la Hostia Santa; esto sí; pero en cuanto a la piedad, no deber nada a la imposición».

Por último, y fundamentalmente, amor. Amor sentido y manifestado –*amorevolezza*–, es decir, «que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama». *Amorevolezza* por la que, amando lo que es querido por el alumno, éste se sienta amado por el educador y le corresponda con el mismo amor y confianza, quedando, así, abierto el camino a la educación. *Aniorevolezza* por la que el educador obra siempre en favor del bien del alumno, con responsabilidad, sin reparar en esfuerzos. *Amorevolezza* que se traduce en un trato caritativo, respetuoso, dulce, paciente, amable... del educador y que constituye una de las raíces del nombre de «Salesiano» para el continuador de su obra, pues, como dice Bustillo, «Salesianos,

porque la dulzura de san Francisco de Sales le gustaba y así pensó llamar y llamó a sus ayudantes».

La prevención de las faltas contra su represión, la razón, la religión y el amor son, pues, los principios que especifican toda la concepción de Don Bosco sobre el modo de obrar en educación. Ellos mismos, pero sobre todo el amor, determinan la peculiar manera del autor de entender la relación educativa.

## 2. La relación educativa en el sistema preventivo

### 2.1. La relación educador-educando

Cuatro aspectos del sistema preventivo inciden de lleno en la manera de Don Bosco de entender la relación entre educador y educando: el espíritu de familia como su principal característica; las «buenas noches» salesianas como manifestación de tal ambiente familiar; la asistencia como uno de los principales ejercicios de la relación y, derivado de todo ello, el papel fundamental que en el sistema preventivo juega el ejemplo del educador.

#### 2.1.1. El espíritu de familia

Don Bosco hace del amor sentido y manifestado uno de los pilares de su concepción pedagógica. El vínculo educativo en el sistema preventivo será, por tanto, un vínculo basado en el amor y, para darle cauce, quiere nuestro autor que en sus Centros la relación entre educadores y educandos no sea una relación de distanciamiento, sino de cordialidad y familiaridad. Educadores y educandos forman, así, en las Casas Salesianas, como una gran familia, pues, como escribe Braido, «Don Bosco, como teórico de la pedagogía, ha resuelto el binomio educador-educando, no en la relación democrática del joven en una ciudad de los muchachos, sino en la imagen de familia. Se trata de la familia de pueblo, sencilla, con relaciones de bondad, de cordialidad, de presencia, de respeto humilde por parte de los hijos, de servicio sacrificado y escondido por parte de los padres, en donde triunfa el amor, *amorevolezza*».

El origen de este deseado espíritu de familiaridad y acercamiento entre educadores y educandos lo encontramos en la infancia de Don Bosco. El mismo relata en sus memorias cómo cuando tan sólo contaba 15 años «Veía a varios buenos sacerdotes que trabajaban en el sagrado ministerio, pero no podía acomodarme a un trato familiar con ellos. Me ocurrió a menudo encontrarme por la calle con mi párroco y su vicario. Los saludaba desde lejos y, cuando estaba más cerca, les hacía una reverencia. Pero ellos me devolvían el saludo de un modo seco y cortés y seguían su camino. Muchas veces, llorando, decía para mí y también a los otros: Si yo fuera cura, me comportaría de otro

modo: disfrutaría acercándome a los niños, conversando con ellos, dándoles buenos consejos».

Relación meramente formal y distante con los sacerdotes que, en un ambiente educativo, vive también durante sus estudios en el seminario. De esta manera, narra más tarde en las memorias: «Yo quería mucho a mis superiores; y ellos fueron siempre muy buenos conmigo, pero mi corazón no estaba satisfecho. Era costumbre visitar al rector y a los otros superiores al volver de vacaciones y al marchar a ellas. Nadie iba a hablar más con ellos, como no los llamasen para darles alguna reprimenda. Uno de los superiores, por turno, vigilaba durante la semana en el refectorio y en los paseos, y nada más. ¡Cuántas veces hubiera querido hablarles, pedirles consejo o aclaración de dudas, y no podía hacerlo!; es más, si algún superior pasaba entre los seminaristas, todos, sin saber él por qué, huían precipitadamente de él como de un perro sarnoso. Esto avivaba en mi corazón los deseos de ser cuanto antes sacerdote *para meterme en medio de los jóvenes, estar con ellos y ayudarles en todo*».

Don Bosco se hará un nuevo tipo de sacerdote y también un nuevo tipo de educador. Se meterá en medio de los jóvenes, viviendo, estando, jugando... con ellos, participando de sus preocupaciones, manifestándose siempre presto a responder a sus solicitudes. Y, siguiendo su modelo y enseñanzas, lo mismo harán los que le ayudan a realizar y desarrollar su ideal educativo. De aquí que a sus centros de educación los llamara Casas, pues en ellos las relaciones entre educadores y educandos son relaciones de familia, que en el caso de los superiores y alumnos se concreta en relación entre padres e hijos.

Por ello, Don Bosco no dejó de recomendar a sus directores que se comportasen con sus alumnos como padres afectuosos, que no se mostrasen alejados y distantes, sino que se mantuvieran próximos a ellos, compartiendo sus actividades, sus preocupaciones... su vida. Así, por ejemplo, les dice en los *Recuerdos confidenciales a los directores*: «Procura más bien hacerte amar que hacerte temer... Pasa entre los jóvenes todo el tiempo que puedas».

Pero, para el mantenimiento de esta característica relación paternofamiliar, Don Bosco no sólo hace recomendaciones a los directores, sino también a los alumnos. De esta manera, hablándoles respecto a la conducta a seguir con los superiores, les dice: «Abridles libremente vuestro corazón, viendo en ellos a padres que desean ardientemente vuestra felicidad».

El espíritu de familia gana su máxima significación en las actitudes de familiaridad tan defendidas por nuestro autor. En muchos de sus escritos hace Don Bosco alusiones a esta peculiar actitud de familiaridad entre educadores y educandos, característica suprema de su concepción de lo que había de ser una auténtica relación educativa, pero, es en su trascendental *Carta al Oratorio sobre el Espíritu de Familia*, de 10 de mayo de 1884, donde su pensamiento a este respecto es más nítido.

La carta tiene la estructura de un sueño en el que se le aparecen a Don Bosco dos antiguos alumnos del Oratorio de antes de 1870, con los que compara los tiempos del Oratorio del momento con los de entonces, y observando como el ambiente de alegría, bullicios, juegos..., había decaído en tristeza, desengaño, disgusto..., estos dos antiguos alumnos le hacen recomendaciones sobre cómo recobrar el antiguo espíritu. En ella, habla Don Bosco de *l'amorevolezza* como condición inexcusable para la consecución de un verdadero clima educativo y de la familiaridad como expresión genuina del espíritu de familia. Familiaridad en la relación educativa imprescindible dentro del contexto general del sistema preventivo, en tanto que «la familiaridad engendra afecto, y el afecto confianza. Esto es lo que abre los corazones. Y los jóvenes lo manifiestan todo sin temor a los maestros, a los asistentes y a los superiores... y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar aquél que saben que los ama».

Familiaridad como generadora de confianza. Confianza del alumno que es básica en tanto que le hace abrir el corazón al influjo positivo de la educación. Ahora bien, ¿qué ha de hacer el educador para ganarse la confianza del educando? La respuesta de Don Bosco es clara. Así, manifestando esa íntima unión entre el tema de *l'amorevolezza* y el de la familiaridad, ambas en pro de la apertura del educando al educador, dice más tarde en la *Carta* cómo lo que han de hacer los salesianos para ganarse la confianza de los alumnos es «que amen lo que agrada a los jóvenes y los jóvenes amarán lo que es del gusto de los superiores... Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin la familiaridad no se puede demostrar el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado es menester que demuestre que ama».

Aunar lo que aman los jóvenes, mezclarse con ellos en los recreos, demostrarles afecto... indiscutiblemente no es un programa cómodo para el educador. Por eso Don Bosco tiene miedo de que ese su programa sea sustituido, cuando él falte, por el otro, por el cómodo, por el que no es preventivo, y dice también en la *Carta* cómo la causa de la decadencia del Oratorio vista en el sueño, estriba en que «al sistema de prevenir, de vigilar y corregir amorosamente los desórdenes, se le quiere reemplazar por aquel otro más fácil y más cómodo para el que manda, de promulgar la ley y hacerla cumplir mediante los castigos que encienden odios y acarrear disgustos; si se descuida el hacerlas observar, son causa de desprecio para los superiores y de desórdenes gravísimos. Y esto sucede necesariamente si falta la familiaridad».

Familiaridad, afecto, amar lo que agrada a los jóvenes, mezclarse con ellos, demostrar amor ..., he aquí las actitudes fundamentales que Don Bosco quiere que presidan en la relación de los educadores con los alumnos, para que éstos tengan confianza en aquéllos y se dejen aconsejar, guiar, formar por ellos.

### 2.1.2. Las «Buenas Noches» salesianas como manifestación del ambiente familiar

La relación del superior salesiano con sus alumnos es, según el parecer de Don Bosco, relación del padre con sus hijos. Un importante recurso educativo que nuestro autor ideó para dar expresión a esta relación paterno-filial lo constituye las Buenas Noches salesianas.

¿Qué son estas Buenas Noches? Don Bosco llegó a llamarlas «Clave de la moralidad y de la buena marcha y éxito de la educación»; Ricaldone las considera «una creación genial y característica de Don Bosco»; para Fierro «son una sugerencia de reflexión». En el sentido que aquí nos interesa, podemos afirmar que las Buenas Noches son manifestación de una concepción de la relación educativa basada en el modelo familiar, en las relaciones entre padres e hijos, pues, en tal ambiente de familiaridad, «las Buenas Noches son el reflejo de una suavísima bondad paternal. Es el padre que, al ver reunidos en torno suyo a sus queridos hijos, en el momento más tranquilo y sugestivo, al terminar un día intensamente vivido, antes de que se vayan al descanso, les dirige una palabra afectuosa en una atmósfera de silencio y de exuberante espíritu familiar».

Conforme las practicó Don Bosco, las Buenas Noches consistían en una platiquilla desarrollada antes de que los internos se fuesen a dormir, que duraba dos o tres minutos y con la que ora exponía un punto de doctrina, ora una verdad moral, por medio de algún apólogo que los alumnos escuchaban con el mayor placer. Trataba especialmente de precaverles contra las influencias poco constructivas que pudieran haber recibido durante el día. A veces, para atraer mejor su atención, y para grabar más profundamente una máxima en su ánimo, les narraba un hecho edificante acaecido en el día o sacado de la historia o de la vida de algún santo. Otras veces les proponía una cuestión para resolver, o una pregunta a la que se debía dar una adecuada respuesta. Generalmente dejaba algunos días para responder. La respuesta se hacía siempre en una nota que llevaba el nombre del autor, premiándose al que acertaba.

El origen de las Buenas Noches lo encontramos, como en otros casos, en las *Memorias* de Don Bosco. En ellas, hablando del comienzo de su obra educativa, dice nuestro autor: «Como todavía no existían talleres en el colegio, nuestros alumnos iban al trabajo y a clase a la ciudad con serios peligros morales para ellos, pues los compañeros con que se encontraban, las conversaciones que oían y cuanto veían, frustraban todo lo que practicaban y oían en el Oratorio.

Fue entonces cuando comencé a hacerles una brevísima platiquilla por la noche después de las oraciones, con el fin de exponer o confirmar alguna verdad que tal vez hubiese surgido a lo largo del día en las conversaciones».

Recurso educativo, manifestación de una concepción de la relación educativa basada en las relaciones familiares, que Don Bosco deseó continuase siendo practicado en sus Casas por otros cuando, por circunstancias de lugar o tiempo, no pudiese ser aplicado por él. Por esto dejó escrito el siguiente consejo: «Terminadas las oraciones de la noche, el director, o quien haga sus veces, diga siempre unas palabras afectuosas en público a los alumnos antes de que se vayan a dormir, para avisarles o aconsejarles sobre lo que han de hacer o evitar. Sáquense avisos o consejos de lo ocurrido durante el día, dentro o fuera del colegio; y no dure la plática más de dos o tres minutos».

### 2.1.3. La asistencia

La relación educativa, como relación de familiaridad, cobra un sentido más profundo a través de ese recurso educativo, fundamental en su concepción pedagógica, que Don Bosco denominó asistencia. Pero, ¿qué es la asistencia tal como la concibió y practicó nuestro autor? So pena de quedarnos en superficialidades, no es ésta una pregunta de fácil respuesta. Por ello, para acercarnos a su significado, obraré de forma gradual.

En primer lugar, y tal como queda manifestado en un manual moderno dirigido al asistente salesiano, la asistencia es vigilancia. De esta manera, se define la asistencia en dicho manual como «la vigilancia diligente y paterna del Hermano sobre los jóvenes confiados a sus cuidados para prevenir el mal y formarlos en la virtud». En efecto, quiere Don Bosco vigilancia, pues piensa que el vigilar es un buen medio para prevenir las faltas y errores y, según vimos, no tener que corregirlas o castigarlas una vez cometidas.

Pero, si nos quedamos tan sólo en esta dimensión de la asistencia, el sistema preventivo llega a confundirse con el represivo. Por ello, para no confundir la actitud amorosa del pensamiento de Don Bosco con la vigilancia desconfiante del sistema represivo, es necesario conjugar esta mera presencia pasiva que representa la vigilancia, con una presencia activa que se concreta en actitudes de protección, cuidado, defensa... , pues, como señala Fierro, en el sistema preventivo «asistir es acompañar, ayudar, aconsejar, socorrer, cuidar, servir..., la vigilancia es sólo una parte de la asistencia: se vigila para mejor asistir». En este sentido, escribía Don Bosco en 1877 en su pequeño opúsculo *El sistema preventivo en la educación de La juventud* cómo dicho sistema «consiste en dar a conocer las prescripciones y reglamentos de un instituto y vigilar después de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo vigilante del director o de los asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablen, sirvan de guía en toda circunstancia, den consejos y corrijan con amabilidad; que es como decir: consiste en poner a los niños en la imposibilidad de faltar». La asistencia preventiva es entonces presencia activa del hermano mayor que, cuidando del pequeño, corre en su auxilio cuando lo ve en peligro o dificultad.

Ahora bien, lo dicho hasta ahora podría llevarnos a pensar hasta qué punto la asistencia, así entendida, no mantiene al alumno en un estado permanente de minoría de edad. De hecho, ha sido este uno de los aspectos más criticados del sistema preventivo. «Las limitaciones de toda pedagogía preventiva –escribe Hubert Henz– resultan de que también es necesario que el muchacho sea puesto a prueba, que aprenda a guiarse a sí mismo y a atreverse»<sup>30</sup>. Más duras, sin embargo, son las críticas que en un sentido similar realizó contra el sistema preventivo el pedagogo católico P. N. Perquin, y que a nosotros nos llegan de manos de Braidó. Critica dicho autor el que el sistema preventivo, fundamentalmente a través de la asistencia, anula la libertad de elección; el que impide asumir riesgos, equivocarse y aprender así a través de la propia experiencia y actividad. Con todo ello, el sistema preventivo no consigue, según este autor, sino impedir el crecimiento hacia una edad adulta.

De los escritos pedagógicos fundamentales de Don Bosco, tal como señala Stella, parece, en efecto, desprenderse esta actitud desconfiante de nuestro autor. «Expresiones como sistema preventivo, asistencia preventiva, avisos preventivos, parece que tienen primariamente como punto de mira las faltas que hay que prevenir y, por tanto, eliminar en la medida de lo posible. La asistencia –afirma Don Bosco– tiende a poner a los jóvenes en la imposibilidad de faltar. Parece, pues, que el sistema se caracteriza por un elemento negativo».

Sin embargo, sabemos por otros escritos y práctica educativa de Don Bosco que éste manifestaba confianza en sus jóvenes. Escribe, por ejemplo, en el *Plan de Reglamento para el Oratorio...*: «Esta porción de la sociedad humana –la juventud– la más delicada y la más preciosa, sobre la cual se fundan las esperanzas de un feliz porvenir, no es de por sí de índole perversa». De hecho, el modo de obrar de Don Bosco con sus jóvenes no puede basarse en la desconfianza, en tanto que un día muchos de esos alumnos serán los nuevos salesianos y tendrán que afrontar difíciles responsabilidades y decisiones. No hace falta ir a fijarnos en el caso extremo de los jóvenes salesianos misioneros, sino que incluso en las mismas Casas Salesianas, tal como se reconoció en el Capítulo General Especial Salesiano de 1971, «las relaciones entre Don Bosco y los Hermanos no son las de un padre con sus hijitos siempre menores de edad; aún cuando hayan sido sus alumnos y hayan vivido y crecido en su casa (...) Les confía cargos importantes; les reconoce como adultos y los pone en situaciones que estimulan su madurez; los lanza hacia adelante con confianza; les da orientaciones; los sigue con el consejo y los anima, y, al mismo tiempo, los impulsa a la iniciativa bajo su propia responsabilidad. No tiene temor ni siquiera de su juventud e inexperiencia; sabe que confiándoles cargos de responsabilidad hace de ellos colaboradores y hombres maduros y capaces».

---

<sup>30</sup> HENZ H. (1976) *Tratado de pedagogía sistemática*, p. 308 (Barcelona, Herder).

¿Cómo explicar, entonces, esta aparente contradicción? Volviendo a seguir a Stella, su causa radica en que en sus obras pedagógicas clásicas –fundamentalmente en el opúsculo *El sistema preventivo en la educación de la juventud*–, escritos ya en una fase muy avanzada de la labor de Don Bosco, nuestro autor no quiso exponer tanto su verdadera concepción de la juventud como el temor –tal como queda patente en la carta de 1884– de que el desarrollo de su obra desbordase las posibilidades de sus educadores y se produjese una desvirtualización de la tarea educativa. «Si Don Bosco –escribe Stella– hubiera puesto por escrito sus principios pedagógicos cuando tenía solamente el oratorio festivo y la residencia como en los tiempos de Domingo Savio, con toda probabilidad habría dado otras aplicaciones a los principios básicos de “razón, religión y amor”. Habría, por ejemplo, percibido las limitaciones de la asistencia “visiva” y continua; quizá habría puesto de relieve el tipo de asistencia amistosa que prestó a Savio y a Magone, cuando estuvieron espiritualmente en crisis. En realidad, su presencia amistosa y preventiva en la vida y en el corazón de sus jóvenes va más allá de la asistencia “visiva” y de la presencia física en los mismos locales de los jóvenes alumnos, tal como se describe en *El sistema preventivo*...».

Estas esclarecedoras palabras de Stella nos descubren una nueva dimensión de la asistencia tal como la vivió Don Bosco. No se trata ya tanto de la mera vigilancia y protección que veíanlos antes, sino de una asistencia amistosa que no es fundamentalmente un estar continuo. Es, por el contrario, la asistencia del buen amigo, cuyas reflexiones inteligentes, esclarecedoras y vitales, que no buscan sino nuestro bien, respetando siempre nuestra capacidad de elección, sobrepasan el momento concreto de su formulación y nos vienen a la mente, analizándolas y evaluándolas, ante cualquier situación o decisión significativa. Es tan sólo sumando esta nueva dimensión a la simple vigilancia y protección, como podemos hacernos una idea de la asistencia deseada por Don Bosco, sin quedarnos en lo meramente externo y superficial. Con ello, la relación educativa en el pensamiento pedagógico de Don Bosco gana un nuevo sentido. No es ya sólo la relación de familiaridad, acercamiento y confianza, es además la relación vital con el amigo que, a través de su dedicación, de su actitud más serena ante nuestros problemas, nos sirve de punto de referencia en el camino de nuestra maduración.

#### **2.1.4. El ejemplo del educador**

En las Casas Salesianas la relación entre educador y educando es relación de proximidad, convivencia... De aquí que en ellas juegue un importante papel el recurso pedagógico del ejemplo. Buen exponente del gran valor que Don Bosco le otorgaba es el hecho de que una de las señales de su breviario reprodujera esta frase de Máximo de Turín: «Los ejemplos tienen mayor fuerza que las palabras y se enseña mejor con las obras que con las palabras». De hecho, nuestro autor fue el primero en servir de

modelo a través de sus actitudes, conducta y obras. Recomienda, en este sentido, a sus alumnos que recojan con provecho las enseñanzas que el ejemplo de sus educadores les ofrece y a éstos que propicien, a través de sus obras, la utilización de este recurso educativo. Es éste un consejo que Don Bosco hizo a sus educadores hasta sus últimos días, tal como queda patente en las cartas que envió a algunos de ellos en los últimos años de su vida. Escribe, por ejemplo, a Don Costamagna en 1885: «Cada uno – Salesiano– trate de promover el buen ejemplo» y a Don Tomatis el mismo año: «Recuerda que no basta con saber las cosas, hay que ponerlas en práctica».

Pero, además, Don Bosco no quiere un seguimiento irracional del ejemplo, una pura imitación de modelos, no desea que el alumno secunde sin más las actuaciones que observa en sus educadores, sin reflexionar sobre ellas. Por ello que, hablando de sus propios actos, diga a los jóvenes en unas Buenas Noches el 24 de mayo de 1861: «Respecto a lo que hago, no digáis nunca: lo ha hecho Don Bosco y, por tanto, está bien; no. Observad primero mis acciones, si veis que son buenas, imitadlas; si acaso me veis hacer algo que no está bien, guardaos mucho de imitarlo, desechadlo como cosa mal hecha».

En definitiva, quiere Don Bosco que, en su relación con el educador, aprenda el alumno a través del ejemplo que éste le ofrece, pero, al mismo tiempo, no desea una imitación ciega del modelo, sino un seguimiento pensado y reflexionado.

## **2.2. La relación entre los compañeros**

En los puntos anteriores hemos ido viendo la concepción de Don Bosco sobre lo que había de ser la relación entre educadores y educandos en una auténtica pedagogía preventiva. Pero la relación educativa no se refiere tan sólo a la que mantienen educadores y educandos, sino que en ella es preciso considerar también la relación entre los compañeros. Pues bien, Don Bosco es igualmente claro respecto a las relaciones que desea mantener entre sí los alumnos de sus centros educativos.

En este sentido, y en primer lugar, hemos de tener en cuenta que en las Casas Salesianas conviven dos géneros distintos de jóvenes: artesanos y estudiantes. De aquí que otra aportación del espíritu de familia característico en la concepción educativa de Don Bosco, consista en el respeto y mutua valoración entre esas dos secciones de alumnos, pues, como escribe Fierro, «Don Bosco, educando bajo un mismo techo y con el mismo trato de familia a estudiantes y artesanos, comenzó a llamar la atención de la clase estudiantil para que se valorara y apreciara la de los oficios y artes de los cuales vive y absolutamente necesita, interesándola directamente hasta hacerla palpar de sus beneficios. Exaltando así el trabajo al sitio de honor en las escuelas artesanas, les hizo comprender también a los estudiantes de carreras liberales la nobleza y valor del mismo».

Mas bien, englobando tanto a artesanos como a estudiantes bajo la denominación común de alumnos, educandos, jóvenes..., ¿qué pautas debían seguir en la relación con sus compañeros? A este respecto, Don Bosco nos legó su pensamiento, fundamentalmente, en dos de sus escritos: la biografía de uno de sus mejores alumnos, el entonces ya fallecido Domingo Savia y los consejos que brinda a sus jóvenes en el *Reglamento para las Casas de la Sociedad de San Francisco de Sales*.

Dirigida a otros jóvenes, la biografía de Domingo –como veremos más adelante– es una invitación constante a que imiten su modo de obrar, y en ella habla Don Bosco de dos pautas a seguir en la relación con los compañeros: la apertura a los buenos alumnos, el alejamiento de los malos y la simple cortesía con los indolentes y el acercamiento al que lo necesite, bien porque sea nuevo en el centro, bien porque haya quedado marginado sin razón dentro de éste.

De esta manera, sobre la primera pauta, hablando de la conducta de Domingo en la escuela de Castelnuovo de Asti, escribe Don Bosco en la biografía: «Frecuentando Domingo esta escuela, comenzó a aprender la conducta que debía observar respecto de sus compañeros. Si veía a uno atento, dócil, respetuoso, que sabía siempre sus lecciones, cumplía bien sus deberes y merecía las alabanzas del maestro, éste era bien pronto amigo suyo. ¿Había, por el contrario, un niño díscolo, insolente, que descuidaba sus deberes, mal hablado o que blasfemaba? Domingo huía de él como de la peste. A los que eran algo indolentes los saludaba, hacía les algún favor siempre que se ofrecía el caso, pero no tenía con ellos ninguna familiaridad».

En cuanto a la segunda pauta y respecto a la acogida de los nuevos jóvenes, hablando de la entrada de Camilo Gavio en el Oratorio, escribe también en la biografía: «Había Gavio sufrido una grave enfermedad en su casa, y cuando vino al Oratorio, ya sea por hallarse lejos del pueblo y de los suyos o ya por encontrarse en compañía de muchachos desconocidos, el caso es que se encontraba arrinconado observando cómo los demás se divertían, absorto en sus pensamientos.

Lo vio Savio y no tardó en acercarse a él para consolarle». Y, sobre la necesidad de acercarse a los compañeros injustamente marginados, vuelve a escribir: «Entre jóvenes suele ocurrirle a alguno que queda como marginado por sus compañeros, ya por rudo o por ignorante, ya por tímido o por estar apesadumbrado a causa de algún disgusto. Chicos así suelen sufrir el peso del abandono cuando más necesidad tienen de un amigo. Esos eran los amigos de Domingo».

Por su parte, en el *Reglamento para las Casas...* recomienda nuestro autor a los jóvenes internos de sus centros la apertura, respeto y caridad hacia los demás alumnos y la colaboración educativa a través del consejo y ejemplo. Escribe, pues, Don Bosco: «Respetad a vuestros compañeros como hermanos y procurad edificarlos los unos a los otros con el buen ejemplo.

Amaos todos recíprocamente, como dice el Señor, pero guardaos del escándalo... Si podéis prestaros algún servicio o daros algún buen consejo, hacedlo de buena gana. En el recreo, acoged de buen grado en vuestra conversación a cualquier compañero sin distinción alguna, y ofrecedles gustosamente las pelotas y objetos de vuestros juegos. No habléis nunca de los defectos de vuestros compañeros, a menos que vuestros superiores os pregunten sobre ello. En este caso tened cuidado de no exagerar lo que digáis».

Y, aconsejando un trato respetuoso y caritativo para con los demás alumnos, continúa: «Guardaos de burlaros de vuestros compañeros por sus defectos corporales o espirituales... La verdadera caridad manda soportar con paciencia los defectos ajenos y perdonar fácilmente cuando alguno os ofende; por lo tanto, no debemos insultar nunca a los demás, especialmente si son inferiores a nosotros».

Ahora bien, pudiera parecer una contradicción en el pensamiento de Don Bosco el hecho de que mientras en la biografía de Domingo habla del acercamiento a los buenos compañeros, el alejamiento de los malos y la simple cortesía con los indiferentes, en el reglamento aconseje la acogida «a cualquier compañero sin distinción alguna», Esta contradicción es tan sólo aparente, pues hemos de tener en cuenta que entre la redacción de ambos escritos media un tiempo de 18 años –la primera edición de la biografía es de 1859 y el reglamento de 1877– en los que cambia profundamente la situación de la obra educativa de Don Bosco. De esta manera, en lo que se refiere a este punto, mientras la biografía se dirige, principalmente, a un público de externado que, por así decirlo, pasa más tiempo en la calle que en el Oratorio, el reglamento lo hace a los internos, los cuales realizan casi toda su vida en la Casa. Así, mientras lo dicho en la biografía hace referencia a la relación de compañerismo en un sentido general y no a la relación específica en el centro salesiano –de hecho Don Bosco expone aquí la conducta de Domingo en la escuela de Castelnuovo y no en el Oratorio salesiano al que asistirá más tarde–, el reglamento está escrito para las relaciones entre los internos dentro de las Casas y Don Bosco tiene tanta confianza en sus jóvenes y en su sistema educativo, que prevé que en ellas la característica común a todos los alumnos será la bondad. De aquí se deduce fácilmente que en el reglamento, es decir, respecto a las relaciones entre los compañeros dentro del centro salesiano, nuestro autor considere que están de más tales consejos sobre los jóvenes faltos de virtud y los omita.

Así pues, resumiendo lo que hasta ahora hemos visto sobre la relación entre los compañeros en el pensamiento de Don Bosco, podemos decir cómo desea en sus Casas un vínculo de colaboración educativa basado en actitudes de apertura –especialmente con los alumnos nuevos y marginados–, respeto, afecto, consejo y ejemplo.

Pero, como vengo apuntando, el ejemplo del alumno salesiano no dura sólo mientras vive, sino que, al contrario, nuestro autor se sirvió de un recurso tan valioso y original

como las biografías de algunos de sus mejores jóvenes para perpetuar tal ejemplo y, por medio de ellas, presentarlos como patrones a imitar.

De esta manera, al narrar la diligencia y vida ejemplar de Domingo Savio, escribe en su biografía: «Su conducta en la escuela de Castelnuovo de Asti puede servir como modelo a todo estudiante que desee adelantar en las ciencias y en la virtud». Y, tras la exposición biográfica, concluye: «Ahora, lector amigo, puesto que tan benévolo has sido en leer lo escrito sobre este virtuoso joven, quisiera que llegaras conmigo a una conclusión tal que sea de verdadera utilidad para mí, para ti y para todos cuantos puedan leer este librito; quisiera, en una palabra, que nos diésemos con ánimo resuelto a imitar al joven Domingo en todas aquellas virtudes que dicen con nuestro estado».

Pues bien, poniendo de manifiesto la realidad de este recurso educativo en la relación entre los compañeros, relata Don Bosco como uno de los alumnos del Oratorio que, para conocer mejor la conducta de Domingo y poder imitarla, más deseaba ver escrita su vida, era Miguel Magone. Escribe, así, Don Bosco a sus jóvenes en la biografía de Miguel: «Uno de los que entre vosotros esperaba con más ilusión la publicación de la vida de Domingo Savio fue Miguel Magone. Solía ingeniarse para obtener de unos y otros las noticias particulares que se contaban de aquel modelo de virtud, y luego se ponía a imitarlo con todas sus fuerzas. Pero su verdadera ilusión era tener reunidas y escritas juntas las virtudes de quien había elegido por su modelo». Y, tras estas palabras introductorias a la biografía de Magone, continúa Don Bosco proponiéndolo a él también como modelo a imitar. Sigue, pues, escribiendo: «En este libro vais a encontrar bastantes acciones que admirar y muchas que imitar».

Por último, también en la de Francisco Besucco encontramos este deseo de Don Bosco de utilizar las biografías de sus alumnos como medios para poner de manifiesto su buen comportamiento y, así, proponerlos como modelos a seguir. Escribe nuestro autor al comienzo de esta tercera y última biografía: «Leed... estas páginas, queridísimos jóvenes y si al leerlas os sentís movidos a huir de algún vicio o practicar alguna virtud, dad de ello gracias a Dios».

En conclusión, desea Don Bosco una relación entre los alumnos basada en actitudes de colaboración educativa a través de la apertura, respeto, afecto y aprovechamiento de las enseñanzas que los compañeros proporcionan a través de sus consejos y ejemplo, el cual, en los jóvenes más excepcionales, perdura más allá del momento de su muerte, gracias a aquel recurso educativo que, con esta finalidad, creó. Don Bosco: la exposición biográfica de sus buenas conductas. Concepción de la relación entre los compañeros pareja a un ideal del vínculo entre educadores y educandos fundamentado en actitudes de cordialidad, acercamiento y confianza, pues sólo cuando el educador demuestra confianza en el educando, éste la tendrá en aquél y le abrirá su corazón, dejándose influir, aconsejar, guiar..., educar, por él. Cordialidad y apertura por la que en el sistema preventivo cobra mayor importancia el ejemplo que

el educador proporcione al alumno. Las relaciones de los miembros de las Casas Salesianas se estructuran, así, en relaciones de familia y amistad que encuentran expresión en los originales recursos pedagógicos ideados por Don Bosco. En primer lugar, las Buenas Noches, como reflejo de la bondad del padre que, al final del día, dirige unas afectuosas palabras a sus hijos. Y, en segundo término, la asistencia, no como simple vigilancia o protección, sino como la actitud del buen amigo cuyas reflexiones serenas y seguras ante nuestros problemas nos suponen una ayuda imprescindible para su comprensión y solución. En definitiva, una relación educativa basada en la colaboración y confianza que coopere a hacer de los jóvenes, principalmente de aquéllos más abandonados y necesitados, «buenos cristianos y honrados ciudadanos», finalidad del sistema preventivo.



# Lectio Divina

## “Vosotros venid aparte” (Mc 6,30-34)

Los discípulos, enviados por Jesús para anunciar su Evangelio, volvieron entusiasmados para compartirle lo que hicieron en su primera gira misionera. Él quiso escucharlos y los invitó a retirarse un poco de la multitud para que descansaran.

Marcos describe con detalle las actitudes de Jesús evangelizador: Se dirige a las personas, se acerca a las que están sin voz, sin rostro, se compadece. Es el buen pastor y el maestro que su pueblo necesita. Da su tiempo incondicionalmente; no trata de transmitir doctrinas sino experiencias que no solo instruyen sino que provocan una experiencia de fe.

*<sup>[30]</sup> Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. <sup>[31]</sup> Él les dijo: —Vosotros venid aparte, a un paraje despoblado, a descansar un rato. Pues los que iban y venían eran tantos, que no les quedaba tiempo ni para comer. <sup>[32]</sup> Así que se fueron solos en barca a un paraje despoblado. <sup>[33]</sup> Pero muchos los vieron marcharse y se dieron cuenta. De todos los poblados fueron corriendo a pie hasta allá y se les adelantaron. <sup>[34]</sup> Al desembarcar, vio un gran gentío y se compadeció, porque eran como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles muchas cosas.*

### Leer: entender lo que dice el texto

El texto es breve, (5 versículos), pero cada frase describe con gran fuerza y profundidad el rostro de Jesús Pastor que forma en torno a él una comunidad que se llena de vida con su presencia y con la palabra que dirige a sus apóstoles y a la multitud a orillas del mar de Galilea).

Con relación al “congregarse”, en el texto griego se nota una verdadera reunión, un “estar juntos”, una experiencia comunitaria a la cual se le da valor. La comunidad misionera corre el riesgo de dispersarse en las diversas tareas apostólicas y perder su centro, su núcleo, lo que bien puede llamarse el “calor del hogar”. Los apóstoles regresan de la misión y Jesús les propone un descanso en un lugar apartado.

El centro de la escena es Jesús: en torno a él están los misioneros, que quieren reportarle sus vivencias.

Los apóstoles siguen siendo discípulos; el Maestro sigue conduciéndolos; les indica no sólo la forma de misionar, sino también qué hacer después de esa feliz experiencia. Marcos acentúa que los apóstoles contaron a Jesús lo que habían hecho y lo que habían enseñado. 'Todo'. Nada le ocultan; todo se convierte en tema de oración. Este diálogo es una evidencia de la responsabilidad que fue creciendo en los discípulos y de lo que fueron aprendiendo de su Maestro.

Tenemos dos verbos que describen su misión apostólica: 'hacer y enseñar'. La misión no se hace solo hablando, sino también significando... las acciones prueban la veracidad de la predicación.

Marcos insiste en que el Maestro enseñaba; lo dice expresamente y resalta el impacto que tienen sus palabras en quienes lo escuchan (Mc 1,22.27). Jesús siempre enseñaba, aunque no nos dice qué quería dejar muy claro (Mc 2,13; 4,1-2; 6,34); (Mc 10,1).

Jesús acogía a las personas (Mc 6,34). Era bondadoso; comunicaba amor. Aceptaba a todas las personas. Enseñaba en la sinagoga, en las casas, a la orilla del lago, en la montaña o en la llanura, en el barco o en el desierto; donde estuvieran las personas, ahí estaba él, dispuesto a compartir la Buena Noticia.

No hablaba con intención de impresionar por su saber, sino lo hacía sencillamente, partiendo de lo que su pueblo vivía; no era un profesor frente a sus alumnos; su enseñanza fue ante todo el testimonio y con esa actitud hizo a sus discípulos los continuadores de su evangelización.

Nosotros no somos alumnos de Jesús, ¡somos discípulos y discípulas! La enseñanza de Jesús es una comunicación que desborda de la abundancia de su corazón en las formas más variadas: como conversación que trata de esclarecer los hechos (Mc 9,9-13), como comparación que hace que la gente piense y participe (Mc 4,33), como explicación de lo que el mismo hace (Mc 7,17-23), como discusión que no huye de lo que es polémico (Mc 2,6-12), como crítica que denuncia lo que es falso y equivocado (Mc 12,38-40). Era siempre un testimonio de lo que él mismo vivía, ¡una expresión de su amor! (Mt 11,28-30).

Marcos hace ver que las personas fueron tras Jesús; lo buscaron y siguieron atajos para las personas, Jesús se conmovió, sintió compasión y se puso a enseñarles largamente. ¡Entregó bastante más que una selfie! Se reveló como el Pastor. Su pastoreo lo llevaba a ir estar entre quienes estaban desorientados.

En el Antiguo Testamento hay varias citas que hablan de los pastores, los buenos y los menos buenos y las actitudes de quienes orientaban o confundían al pueblo.

“Entonces Miqueas dijo: «He visto a todo Israel disperso por las montañas, como rebaño sin pastor. Dice Yavé: ‘Esa gente ya no tiene amo. Que cada uno vuelva a su casa en paz’” (1ª. Reyes 22, 17).

“Y han sido dispersadas por falta de pastor, y han llegado a ser comida de toda fiera del campo y han sido dispersadas. Anduvieron perdidas mis ovejas por todos los montes y en todo collado alto; y por toda la faz de la tierra fueron dispersadas mis ovejas, y no hubo quien las buscase ni quien preguntase por ellas” (Ez 34, 5).

“Porque consultados los idolitos, sólo responden tonterías, los adivinos tienen falsas visiones. Con esto ilusionan a la gente y la consuelan con engaños. Por eso mi pueblo se ha dispersado y ha sido maltratado, como ovejas a las que falta un pastor”. (Zacarías 10, 2).

### **Meditar: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida**

En el centro de este texto está la persona de Jesús; vemos en Él su capacidad de convocación, su liderazgo, su respuesta acertada a cada uno de los desafíos que van apareciendo en su propósito: la formación de sus discípulos misioneros. Todo y todos convergen en la persona de Jesús, fuera de él no hay ruta, ni proyecto.

El texto sobre entiende que los discípulos pensaron comunicarle a Jesús lo que había significado su experiencia misionera. Poco a poco aprendieron cómo misionar. No es casualidad que Marcos haga notar que los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer” (v.31b).

El misionero se ve siempre ocupado; no es raro que no tenga tiempo para comer. El sentirse acosado por las tareas apostólicas indica la sintonía que los misioneros de esa primera hora iban teniendo con Jesús, el Misionero del Padre.

*Estas actitudes de los discípulos nos dan pie para preguntarnos: ¿Cómo vivimos nuestra misión? ¿Se parece a la que vivieron sus discípulos? ¿Hemos pensado que quien se sabe misionero entre sus hermanos haga posible su comunión con Dios y la que viva con sus hermanos? ¿Cómo nos preparamos para saber misionar al estilo de Jesús?*

Dios estaba siempre en el centro del ministerio de Jesús; se le encontraba en oración aún dentro de los momentos en los que se dedicaba a atender a la multitud que lo seguía. Al descender de la barca y encontrarse con ella, no se molestó al no poder llevar a cabo su plan: descansar con sus amigos. Jesús vio a las personas que lo siguieron y “sintió compasión por ellos”, y se puso a enseñarles.

Hubo un movimiento interno en la persona de Jesús, que es una enseñanza para todo el que quiera misionar. La realidad es voz de Dios... una llamada que pide atención y respuesta.

Jesús no pide a sus discípulos nada que Él no haya hecho primero. Comprendiendo su cansancio los invitó a descansar. Jesús sabía estar en la presencia de Dios y en la presencia de su comunidad, sin perder el centro ni la fuerza. Hizo camino con la oración y la acción, supo trabajar y compartir su tiempo con las personas.

*¿Qué capacidad tengo para saber descubrir qué quiere Dios de mí y qué tengo que hacer ante su voz, que sigue llamándome día a día?*

La multitud se presentó ante Jesús como ovejas sin pastor ¿Qué hizo Jesús por ellos? ¿A dónde apunta su manera de responder a sus expectativas? ¿Cómo integrar en nuestra vida equilibradamente misión y oración, trabajo y descanso, servicio a los de fuera e intimidad con los de dentro?

*¿Cómo aplicar estas actitudes de Jesús, misionero por excelencia? ¿Cuál es el contenido teológico, espiritual y pastoral de la "misericordia" de Jesús en este pasaje evangélico? ¿Qué papel juega la compasión para con la comunidad en nuestro misionar día a día? ¿Cómo la ejercemos?*

Saber descansar es un arte. No es solo organizarse para llevar a cabo de manera inteligente lo que hace posible la diversión. Cuántas veces al regresar de las vacaciones se está más cansados que antes de realizarlas; el llevar adelante un ritmo acelerado de actividades no es descansar. Es importante saber ser y hacer lo que beneficia la salud integral. Tener vacaciones es, sobre todo, liberarse de la dependencia y sujeción del trabajo para vivir en la distensión, la cercanía para con los seres queridos, compartiendo lo que somos y tenemos.

*El trabajo es importante, pero no agota el sentido de la existencia ni pone de manifiesto su dimensión fundamental y esperanzadora. ¿Comprendemos el valor que tiene el descanso y la convivencia, el contacto con la naturaleza y con las personas y desde ese contacto, somos capaces de intensificar nuestro contacto con Dios, de manera que crezcamos en amistad con Él?*

En torno a Jesús. Maestro y Pastor se congregan dos círculos concéntricos, dos espacios comunitarios que tienden a ser uno: el que forman la comunidad estrecha de los "apóstoles" (los Doce) que "está" permanentemente con Él. Los apóstoles no dejan de ser discípulos, el Maestro sigue conduciéndolos para enseñarles la forma de hacer la misión sino qué hacer también después de ella. En torno a ellos, encuentran a muchas

personas venidas de todas las ciudades, las cuales aún en medio de su dispersión se aglutinan en torno a Jesús y se convierten en una comunidad, dispuesta a escuchar su Palabra.

Ante los dos círculos concéntricos: el que formaban los discípulos ahora ya misioneros y el que se integró con esa multitud que va a la escucha de la Palabra del Maestro, la respuesta de Jesús no tiene otra finalidad que llevar a cabo la misión que su Padre le confió. En su actuar se concretizan las palabras del Salmo 23,2b-3: “Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce. Restaura mis fuerzas. Me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre”.

*¿Qué hacemos para que nuestros interlocutores tengan la oportunidad de saciar su hambre y su sed de Dios en nuestra pastoral? ¿Qué experiencia tenemos de que ellos se han encontrado realmente con Jesús y pueden crecer en su amistad con Él y desde ella, también ser más amigos y más hermanos unos con otros, como fruto de la vivencia con Jesús?*

### **Oramos nuestra vida desde este texto**

Padre Bueno, que aprendamos de Cristo Jesús, tu misionero, a vivir la misión, dándote el lugar que mereces en nuestra vida personal y comunitaria. Que sepamos misionar acompañando en la fe a nuestros hermanos, no preocupados por un continuo hacer, sino abiertos a una comunión contigo que nos permita ser palabra tuya para ellos.

Que enseñemos más con las actitudes que con discursos que solo nos engañan y muchas veces nos llenan de una falsa seguridad. Lo importante no es lograr que la comunidad sepa cosas de ti, sino que se sienta amada, acompañada y capaz de vivir un encuentro contigo y desde esa experiencia, redescubra día a día quién eres y qué quieres de ellos.

Amén.

# El anaquel

## La Eucaristía como obra de teatro –como “teatro-visión” y “juego-visión”–<sup>31</sup>

*Anselm Grün, OSB*

En conversaciones sostenidas con cristianos inquietos que están en búsqueda espiritual, vuelvo siempre a escuchar la queja de que la celebración de la Eucaristía no les es ocasión de encuentro con Dios. Les resulta más importante el silencio. Encuentran la misa demasiado ruidosa y falta de sosiego; dicen que resulta imposible llegar durante su celebración a la calma interior. Por mucho que pueda comprender dichas quejas, -(sobre todo) cuando desde los últimos bancos participo, como silencioso espectador, en la asamblea litúrgica de alguna comunidad-, no dejan de dolerme. Eso me pasa porque percibo que detrás de dichas quejas se esconde un profundo malentendido sobre la contemplación y la auténtica experiencia espiritual. La experiencia espiritual no se logra únicamente por el camino del silencio. Entre los griegos la mística fue siempre una mística de la visión. Por eso en este artículo quiero proporcionar una explicación de la Eucaristía como camino de experiencia espiritual, basándome en la categoría teológica griega de la visión. Lo que escribo sobre la celebración de la Eucaristía es válido para el rito católico tal como se celebra a partir de la reforma del Vaticano II. Pero puede que estimule también a nuestros hermanos y hermanas evangélicos, para que dejando de lado la pesada y sesuda aridez de ciertos servicios litúrgicos, vuelvan a darle relevancia a los elementos visivos.

Dios para los griegos es esencialmente aquel que es visto: *Theos* deriva de *theastai* = *ser visto*. Dios es visto en la belleza de la creación y en el rostro del ser humano. Dios es visto en la luz interna que brilla en todo hombre. Llegar a ver esa luz interna es para la mística griega la cumbre de la contemplación. La meta del camino espiritual es la contemplación, la percepción de esa luz interna. Ya no me dejo dispersar por la

---

<sup>31</sup> El autor le puso por título a este artículo: *Die Eucharistie als Schauspiel* = *La Eucaristía como obra de teatro*. La palabra *Schauspiel* quiere decir: “obra de teatro”, pero para quien escucha el título en el idioma de Wagner, la resonancia del idioma lo lleva a realidades como *visión*, como *teatro* y como *juego*. Por lo que podría y debería traducirse, -con neologismos acuñados según el modelo de *televisión*-, por: “*teatro-visión*” o “*juego-visión*”; en consecuencia el título del artículo, para que resonara en nosotros tal como lo hace en alemán, quedaría algo así como: *La Eucaristía como teatro-visión y juego-visión* (NdT).

multitud de imágenes, pasando apresuradamente de una a otra. Al mirar hacia mi interior logro el sosiego llegando a unificarme con Dios. En la contemplación no miro nada específico, limitado, sino que veo el cimiento del mundo. Veo lo escondido, lo invisible. El camino hacia esta visión interna pasa a través de imágenes externas. En las imágenes de la creación, en las del arte y en las del ser humano, veo a Dios que está más allá de toda imagen, contemplando en todas las imágenes a la “imagen-primordial”<sup>32</sup>, a Dios sin imagen, fundamento de toda imagen.

## 1. La función purificadora de la representación teatral

El teatro, para los griegos, tenía una función crucial en su experiencia de Dios, siendo al mismo tiempo camino de humanización. Los griegos amaban el teatro. En él se ponen en escena los conflictos humanos con toda la gama de pasiones y emociones que aquellos logran sacar a la luz. Al asistir a la representación teatral el espectador entra en contacto con sus propias pasiones y emociones, esas que en él yacen sepultadas. Queda así al descubierto el impenetrable abismo del propio corazón. Se hace entonces posible reconocer los límites, los anhelos y las amenazas que nos asechan, como también esa conflictividad que desgarran interiormente. Ese conocimiento no es de naturaleza meramente racional. La mirada interior provoca en el ser humano una suerte de purificación interna. Los griegos hablan de los efectos catárticos del teatro. Aristóteles define la “tragedia” como *aquella que logra la purificación de los afectos a través de la compasión y del temor*<sup>33</sup>. La tragedia provoca en el hombre compasión y temor. Los sentimientos de compasión y temor tienen un efecto purificador sobre el ser humano, tanto sobre sus afectos como sobre sus pasiones.

“Catarsis” es un concepto central de la filosofía griega, y lo era igualmente para su religiosidad. Platón anhela la purificación del espíritu. Sufre al comprobar que nuestro pensar y sentir están tantas veces contaminados por motivaciones egocéntricas. Es como si lo que en nosotros hubiera de sucio y contaminado atrajera la suciedad que flota por la atmósfera. Aquello que, basado en su filosofía, afirma Platón acerca de la purificación del alma a partir del cuerpo, hoy lo explicaríamos a partir de la psicología. Todo lo que hacemos está con demasiada frecuencia contaminado y mezclado de deseos posesivos, animosidad, resentimientos, amarguras y desengaños. La meta de la maduración humana es lograr purificarse de esas impurezas. La mística ha visto la purificación (= “catarsis”)<sup>34</sup>, como un primer paso en el camino hacia Dios.

---

<sup>32</sup> “Imagen-primordial” = en alemán: “Urbild” (NdT).

<sup>33</sup> TRE 36.

<sup>34</sup> Ese primer paso en el “camino hacia Dios”, se denomina *catarsis* en Dionisio el Areopagita, y en la tradición latina se lo designa con la expresión: *vía purgativa*.

Las distintas expresiones para “purificación” usadas en los tres idiomas (griego, latín y alemán<sup>35</sup>) remiten cada una a experiencias distintas. *Katharsis* es para los griegos un proceso de limpieza, de purificación. Llego a la purificación si “entro-en-el-juego”, y me someto al silencio, permitiendo que una palabra penetre en mí. Jesús dice en el Evangelio de Juan: *Ustedes están ya limpios gracias a la Palabra que les he anunciado*<sup>36</sup>. Una palabra puede purificarme, haciendo que me sienta en armonía conmigo mismo. Evidentemente que Jesús sabía hablar de tal manera que los escuchas se sentían puros, limpios, puestos en orden, transparentes. Ver y escuchar llevan a la purificación. Mi participación en este proceso de limpieza consiste en permitir que la imagen y la palabra penetren en mi mugriento interior, para que pueda así ser purificado. En latín *purgare* viene de *purum agüere*. Logro que algo se purifique limpiándolo, sacándole la mugre. Aquí se subraya más la influencia del obrar de cada uno. Tengo que fregar y limpiar de manera que la incontaminada imagen primigenia vuelva a relucir. Es la concepción de que la suciedad, como algo externo a mi persona, se ha depositado en mí. Debe, por lo tanto, ser eliminada. La concepción griega considera más bien que lo contaminado son mis emociones, que mezcladas con mis pasiones entenebrece el espíritu. La palabra alemana *reinigen* (= limpiar, purgar) proviene de una raíz que en sus orígenes significaba *separar, examinar, cernir*. Se trata entonces de que en mí lo sucio debe ser separado de lo puro. Es lo que se ve con meridiana claridad en el uso del *cernidor*. Cuando mi realidad interior es cernida a través de un cernidor, todo lo que en mí hay de sucio y tosco es retenido, -es “discernido”-. Únicamente lo que posee la medida apropiada pasa a través de la malla del cernidor.

Los griegos no sólo conocen la “catarsis” en el ámbito teatral, sino también en el del culto. Todo acto de culto estaba asociado a ritos de purificación. Apolo era considerado el dios de la purificación. Sólo podías acercarte si te purificabas interior y exteriormente. La purificación se obraba a través de ritos determinados (como por ejemplo ritos de aspersion o de lavado), e igualmente a través del silencio. El silencio constituía, sobre todo para Pitágoras, un importante camino de purificación. El anhelo de catarsis, tan sentido por los griegos, era al mismo tiempo anhelo de redención. Aquel que está purificado no se halla ya bajo el dominio de las pasiones y se encuentra disponible para dios, siendo capaz de unificarse con él. De esta manera se halla preparado para ser iluminado por dios (*photismos*) y para unificarse con él (*henosis*).

El evangelista Lucas, que “traduce” el mensaje de Jesús para hacerlo comprensible a la mentalidad griega, utiliza la imagen del teatro con el fin de aclarar los efectos redentores de su vida y de su muerte. Entiende la vida de Jesús como si fuera una obra de teatro. La culminación de la obra es la muerte en cruz. Los efectos que dicha muerte provoca en los espectadores Lucas los describe de la siguiente manera: *la multitud de*

---

<sup>35</sup> La etimología castellana remite a la latina. Aunque no hablemos alemán no nos pareció correcto suprimir las referencias que están detrás de la experiencia de la lengua alemana, ya que son enriquecedoras y no están del todo alejadas de las imágenes castellanas (NdT).

<sup>36</sup> Jn 15,3.

los que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que sucedía, se volvían turbados, golpeándose el pecho<sup>37</sup>. Aquí sucede precisamente aquello que Aristóteles describe (como efecto) de la tragedia griega. Los espectadores reaccionan ante la crucifixión con compasión y temor. Estas dos emociones son las que los purifican de sus pasiones. Lo que ven los induce a golpearse el pecho. Esto es signo de profundo dolor y, al mismo tiempo, señal de que lo observado en el exterior llega y toca el corazón. Penetra en su corazón purificándolo de toda pasión y de todo pensamiento impuro. Los espectadores, al ser testigos de la envidia y del odio extremos que se ceban con toda su violencia en el Crucificado, se ven liberados de dichas pasiones. Y los espectadores se alejan turbados. La palabra griega *hypestrephon* significa *conversión interior*<sup>38</sup>. La visión ha transformado a los espectadores. Se convierten, alejándose del camino de perdición, para desde ahora transitar también ellos el camino de Jesús, quien a través de muchas tribulaciones los llevará a la gloria de Dios.

## 2. La Eucaristía como teatro, como “teatro-visión”

Los Padres griegos describieron la fracción del pan, de la que habla Lucas en los Hechos de los Apóstoles, según sus propias categorías. Para los griegos nunca fue sólo cuestión de definir la transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Para ellos es más importante la cuestión de la presencia real de Cristo durante toda la celebración. Para lograr describirla se sirvieron por una parte de la categoría de “misterio” y por otra de la de teatro, de la de “juego-visión”. Para ellos la Eucaristía es un acontecimiento en el que los participantes al ser “co-envueltos” e “in-cluidos” son transformados. La enseñanza sobre la Eucaristía de los Padres griegos tiene aun hoy validez para la Iglesia católica. Sólo que ha sido como arrumbada en la trastienda por la teología escolástica de un Tomás de Aquino. En vistas al diálogo ecuménico la encuentro de suma utilidad para así poder superar la cuestión de si en la consagración se trata sólo de transubstanciación o más bien de consubstanciación.

La palabra griega *mysterion* designa un acontecimiento cultural. En Grecia existían muchos cultos místéricos en los que se describía la historia de un dios. La persona que participaba en ellos debía mantener silencio sobre ello (*myein* = “punto en boca” = “mantener la boca cerrada”). El culto místico iniciaba al participante en el misterio del dios y en el misterio de la propia vida. Lo hacía partícipe en la salud y en la salvación (*soteria*) que el dios así honrado no sólo había obrado, -en aquel tiempo-, en la historia, sino que lo hacía ahora en él, mediante el acto de culto. En la filosofía griega “mysterion” se entendía más bien como una enseñanza que introduce e inicia a la persona en lo divino. No se trataba de un saber externo, sino de un conocimiento

<sup>37</sup> Lc 23,48. Traducción calcada sobre la del autor.

<sup>38</sup> En la cita de Lucas esa palabra griega está traducida como: *se volvían*, aunque habría que traducir, para que quedara claro lo que el autor afirma:... *se volvían turbados y convertidos interiormente*. (NdT).

secreto que abre los ojos a la visión de dios, de modo que al verlo se llegara a ser uno con él. En el culto misterico se trataba tanto de la visión de lo representado como de la escucha de la enseñanza secreta del dios. Ambas tienen por meta la deificación del ser humano. La liturgia cristiana asume estos dos aspectos de *misterio*. Por una parte ella representa la vida de Jesús, que nace, anuncia a los hombres la Buena Noticia, cura sus enfermedades y finalmente muere en la cruz, es resucitado por Dios al tercer día y es llevado al cielo. Por otra parte, la Eucaristía es asimismo enseñanza misterica para el cristiano, abriéndole los ojos al conocimiento del auténtico sentido de su existencia.

El concepto de teatro completó el de misterio. La Eucaristía es un “juego-teatro” en el que mediante ritos simples se representa la vida de Jesús. Quien participa en una liturgia griega puede experimentar la cantidad de ritos que hay en ella, aptos para representar la vida de Jesús, su nacimiento, su muerte, su resurrección. Así, por ejemplo, el viernes santo se extiende un paño negro sobre el pavimento, señalando así el lugar de la tumba. En pascua ese paño se retira. Acto seguido el ícono de Cristo es llevado festivamente alrededor de la iglesia. ¡La resurrección de Cristo no se proclama solamente con palabras! Si bien es cierto que en el rito latino se han conservado menos rituales que remitan al teatro griego, algunos existen. También en este ámbito subsisten rituales que señalan momentos<sup>39</sup> en los que es necesario fijar la vista, de modo que al mirar veamos y gracias a esa visión seamos introducidos en el salvífico y redentor “teatro-visivo” de Jesús, en la “obra” de su muerte y resurrección.

### 3. La visión en la Eucaristía

Pretendo ahora, con la ayuda de algunos ritos, mostrar concretamente aquello que los participantes pueden ver en la Eucaristía. Ciertamente, se trata de un mirar activo. No soy un mirón, -un espectador-, que deja que algo ocurra. Al contrario, al mirar soy transformado en aquello que contemplo. Gracias a la visión de Jesús en los ritos, *nos vamos transformando en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, así es como actúa el Señor por el Espíritu*<sup>40</sup>. Pero en el “juego-visión” no se trata sólo de mirar, sino de “entrar-en-el-juego”, de jugar. Al realizar los creyentes ciertos ritos se convierten en actores que entran en el divino juego<sup>41</sup> de la redención.

El primer rito, con el que la Eucaristía se inicia, es el de entrada. Los fieles ya están en el templo. Observan que celebrante y acólitos entran festivamente a la iglesia. Van precedidos por velas encendidas. El diácono, -o en su defecto el celebrante-, sostiene

---

<sup>39</sup> “Zeigerituelle” = etimológicamente: *rituales que señalan* o *rituales que hacen señas* (NdT).

<sup>40</sup> 2 Cor 3,18.

<sup>41</sup> Es importante recordar aquí a Romano Guardini y su fundamental obra: *El espíritu de la Liturgia (Vom Geist der Liturgie)*, que tiene un capítulo cuyo título es: *La liturgia como juego*. Ver A. Grün y M. Reepen, *Año litúrgico sanador, -El año litúrgico como psicodrama-*, Verbo Divino, Estella 2002, especialmente las páginas 17 a 36 (NdT).

bien en alto el evangeliario, introduciéndolo así festivamente en la celebración. Con el evangeliario es Cristo mismo, -presente en su Palabra- quien entra en nuestra celebración. No se trata entonces de justipreciar lo mal o lo bien que entraron los acólitos, sino permitir que Jesús entre en nuestro corazón. Tenemos que salir de la barahúnda cotidiana y despojarnos de esa multitud de imágenes que nos persiguen, para poder entrar en aquella tierra que Dios nos tiene prometida, en el ámbito de la salvación. Se trata de permitir que Cristo entre en el propio corazón con el fin de que en nosotros la salud y la salvación puedan tener lugar.

Al trazar sobre sí mismos la señal de la cruz los participantes “entran-en-el-juego”, se convierten en actores del “juego-visión”. Ya en el siglo primero los cristianos se marcaban con la cruz. Al hacerlo, es como si tallaran y grabaran en todo su ser el amor con el que Jesucristo nos amó hasta el extremo, muriendo por nosotros en la cruz. (Al trazar sobre nosotros la cruz) la burilamos en toda la amplitud del cuerpo: sobre la frente (los pensamientos), en el bajo vientre (la vitalidad, la sexualidad), sobre el hombro izquierdo (el inconsciente, lo femenino, el corazón), en el hombro derecho (lo consciente, lo masculino, el actuar). Al hacer la señal de la cruz aseguramos y anticipamos aquello que celebraremos en la Eucaristía: que seremos tocados por el amor de Cristo y que nada en nosotros queda excluido de ese amor. En la Eucaristía Jesucristo imprime su amor salvífico y liberador en todos los ámbitos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, para que todo en nosotros espeje su luz y su amor.

La liturgia de la palabra podría entenderse, de acuerdo con el modelo platónico, como una iniciación a los misterios de la vida. Las palabras de la Sagrada Escritura nos revelan quiénes somos realmente. Nos abren los ojos para que seamos capaces de ver la profundidad de las cosas, descubriendo nuestro ser auténtico, aquel que nos viene de Dios. Las palabras de la Escritura también nos inician en una auténtica vida exitosa, ya que nos muestran qué es eso de vivir auténticamente como hijos e hijas de Dios. Si dejamos que las palabras de Jesús penetren no sólo en nuestros pensamientos, sino también en nuestros sentimientos y hasta en nuestro inconsciente, podremos hacer nuestra la experiencia de los discípulos durante la Última Cena: *ustedes están ya limpios gracias a la Palabra que les he anunciado*<sup>42</sup>.

También el ofertorio está constituido por ritos visivos. En algunas comunidades se acostumbra realizar la procesión de ofrendas. Miembros de la comunidad acercan los dones de pan y vino, llevándolos desde la nave al altar. Cuando en nuestra iglesia abacial el jueves santo veinticuatro jóvenes llevan lenta y solemnemente hacia el altar los copones conteniendo hostias y los cálices con vino, dicha procesión es un “juego-visivo”. Esos jóvenes saben muy bien que al cargar con el pan, cargan con los quebrantos y esfuerzos cotidianos de tantos contemporáneos suyos, que al ser transferirlos a la esfera divina serán transformados. Y son totalmente conscientes de que acercando el cáliz llevan hacia Dios el sufrimiento del mundo. Pero el cáliz con el

---

<sup>42</sup> Jn 15,3.

vino se constituye igualmente en símbolo de nuestro amor. Con tanta frecuencia experimentamos un amor demasiado mezclado: (se nos presenta) como deseo posesivo, como ansias de sometimiento y deseos de controlar... A Dios le ofrecemos todas las vivencias de amor de los seres humanos, tanto en su dimensión de alegre felicidad, como también esas frustraciones que dejan tan malheridos, y lo hacemos para que él las transforme según la matriz de su amor puro y transparente. El sacerdote recibe esos dones y al elevarlos los introduce en la esfera divina. El celebrante mezcla (en el cáliz) un poco de agua con el vino. Este rito, en apariencia tan insignificante, muestra con meridiana claridad que en la Eucaristía nuestra vida se mezcla con la vida de Dios. En la antigüedad lo mezclado no podía ya volver a separarse. En la Eucaristía quedamos tan inseparablemente unidos con Dios, como inseparablemente unidos quedaron el vino con el agua. La unión con Dios nos purifica. Cuando Dios nos embebe, todo lo que en nosotros hay de impuro queda transfigurado<sup>43</sup>.

En la *epiclesis* el sacerdote extiende las manos sobre los dones del pan y del vino, en un gesto claramente expresivo, pues pide que el Espíritu Santo descienda y transforme al pan y al vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. El acontecer del Espíritu se representa de manera gráfica para que creyendo nos adhiramos a él con todos nuestros sentidos y de todo corazón. Durante la consagración el sacerdote eleva el pan y el vino. Lo hace para que los fieles al mirarlos sepan y crean que ya no son simples dones terrenales, sino que están transidos del amor de Dios, pues se han convertido en el cuerpo y sangre de Cristo. La transubstanciación se visibiliza. Alzando los ojos hacia la hostia transubstanciada contemplamos nuestra propia transubstanciación<sup>44</sup>. También en nosotros Cristo es el núcleo más íntimo. En Jesús somos elevados hacia el Padre. Al mirar elevarse el cáliz aumenta en nosotros la esperanza de que nuestro amor egoísta logrará, a pesar de todo, transparentar algo del puro amor de Dios.

Al culminar el canon el sacerdote sostiene la hostia sobre el cáliz, mientras dice: *Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén.* Se trata de un rito de resurrección, un rito en el que el misterio de la resurrección aparece con toda claridad ante nuestros ojos. La redonda hostia es imagen del sol de la resurrección que al levantarse sobre el cáliz, se eleva sobre los abismos de sufrimiento y desesperanza, que son la impronta más propia de este nuestro mundo. Al contemplar el misterio de la resurrección confesamos y reconocemos que la gloria de Dios en Jesucristo justamente resplandece sobre el más acerbo dolor, llegando a su cumplimiento en la cruz.

Antes de la comunión tenemos otro pequeño rito que ilustra el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Al mirarlo somos hechos partícipes del misterio de la

---

<sup>43</sup> Casi, casi, se podría traducir, si no diera lugar a malentendidos, como: *queda transubstanciado* (NdT).

<sup>44</sup> El alemán permite el juego de palabras de modo que queden asociados “transformado” y “transustanciado” (NdT).

resurrección de Cristo. El sacerdote parte<sup>45</sup> la hostia. Al mirar cómo el pan es quebrado contemplamos el misterio de la muerte de Jesús. En la muerte en cruz Jesús fue quebrantado con el fin de que todo lo que en nosotros hay de roto, herido y quebrado quedara sanado y soldado. El pan partido nos trae a la memoria a todos esos seres quebrados en este nuestro mundo, a tantos corazones quebrantados. Al partir el pan se nos hace patente el misterio de la muerte de Jesús. Jesús no se quiebra la cabeza con el fin de encontrar soluciones para nuestros problemas, sino que quebranta su corazón para así lograr doblegar (quebrar) la dureza del nuestro. Él se parte y reparte entre nosotros; se entrega por nosotros. Con este rito también queremos expresar que en nosotros existen tantas realidades que necesitan ser eliminadas (quebrantadas) para que Cristo pueda sanarlas y soldarlas. Así por ejemplo, esa manera tan egoísta con la que usamos a Dios, necesita ser vencida (quebrada), para que en nosotros resplandezca el misterio de la nueva vida, que con la resurrección empieza a iluminarnos. Se nos invita a romper nuestro encierro para salir en seguimiento de Jesús. Él se dejó quebrantar en favor nuestro para soldar y sanar nuestro ser quebrado y dividido, curándonos de nuestra decrepitud. La fracción del pan nos recuerda que Jesús cargó sobre sí, en la cruz, todos nuestros crímenes, neutralizando gracias a su amor todo su maléfico poder.

Cuando en la cruz el cuerpo de Jesús fue quebrantado, brotó para nosotros la fuente de la salvación. De su corazón traspasado brotó sangre y agua, imágenes del Espíritu vivificante y sanador de Jesucristo, que con su muerte es derramado sobre todos nosotros. Un pequeño rito recuerda esta escena: cuando el celebrante, al partir el pan, sumerge un pequeño fragmento de la hostia en el cáliz. Es esta una imagen de la resurrección. Lo separado (por la muerte) vuelve a unirse. Con la muerte el quebrantado cuerpo de Cristo es sumergido en el amor de Dios. Pero en este rito contemplamos igualmente el misterio de nuestra propia resurrección. Nuestra vida mortal y efímera es sumergida en el eterno e inmortal amor de Dios. Lo que en nosotros hay de quebrado es sanado por la sangre de Jesucristo.

Este rito del mezclado<sup>46</sup> nos muestra cómo, gracias a la participación en la muerte y resurrección de Jesucristo, todo en nosotros puede volver a unificarse. Para C. G. Jung el pan simboliza lo femenino y el vino lo masculino. Ambos son mezclados. Muchas veces nos vemos desgarrados en nuestras relaciones mutuas, pero también ocurre que en nosotros mismos *anima* y *animus* tironean y se entrechocan. Con este pequeño gesto expresamos nuestro ardiente deseo de que aquello que con tanta frecuencia está en nosotros en discordia y como desgarrado, sea reunificado por Jesucristo: varón y mujer, espíritu y materia, consciente e inconsciente, cielo y tierra. Nuestra vida, tan herida y vulnerable, se ve así sopada y embebida, -en y junto con ese pequeño trozo

---

<sup>45</sup> En alemán hay todo un juego de asonancias y resonancias entre *partir, quebrar, romper, quebrantar, partido, dividido, fracción, parte, reparte..*, que es imposible mantener en castellano. En alguna de las frases hemos forzado un poco el sentido para intentar algo semejante en la traducción... (NdT).

<sup>46</sup> Técnicamente denominado *commixtio* (NdT).

de pan-, en el amor de Dios. Anticipamos de este modo, en este sencillo rito, aquello que después sucederá en nosotros al comer el pan y al beber el vino. Un pequeño rito visivo penetra a veces más profundamente en el alma que grandes discursos acerca del amor de Dios. Pues en muchos sermones que hablan de él, no se percibe amor alguno en el predicador, y ni su rostro ni el timbre de su voz trasuntan lo que tanto cacarean. El rito silencioso expresa ese amor. Al contemplar este sencillo rito no puedo hacer otra cosa que confirmarlo: *¡sí, así es, mi fragilidad ha sido sumergida en el amor de Dios!* Hay palabras que coadyuvan a que un rito visivo penetre más profundamente en el corazón. Me gusta acompañar este pequeño rito con palabras a las que he sido inducido por una oración proveniente de la liturgia siríaca: *Dios bueno y misericordioso, te damos gracias por la muerte y la resurrección de tu Hijo. En él has mezclado nuestra mortalidad con tu inmortalidad y nuestra transitoriedad con tu eternidad. Sumerge nuestra vida lacerada y herida en ese tu amor sanador y salvador.*

Aquello que ocurrirá en la comunión, al comer el pan y beber el cáliz, lo anticipamos en forma de “teatro-visión” gracias a este pequeño rito de la *conmixtio*. En todos los cultos místicos comer y beber constituían la culminación de la celebración. Al comer y beber nos unimos y unificamos. En los sueños el comer representa la integración de valores espirituales en la conciencia. Al comer y beber integramos a Cristo, en toda su persona, en nuestro pensar y sentir, en nuestro consciente e inconsciente. Nos hacemos inextricablemente uno con Cristo. Su cuerpo, tal como el pan, nos vigoriza, su sangre nos embebe como el vino, colmándonos de un sabor nuevo. Los místicos de la Edad Media hablan de la *dulcedo dei*, de la dulzura de Dios de la que quedamos colmados al beber el vino. *Más dulce que el vino es tu amor*, le dice el esposo a la esposa en el Cantar de los Cantares<sup>47</sup>. Jesús deja en nosotros un sabor nuevo, el dulce sabor del amor. La cuestión es saber si me llevaré a casa este “sabor-Jesús”, si mi entera vida transmitirá ese sabor, o más bien transmitiré aquel “sabor-amargura” del que estoy colmado. Al conversar con ciertas personas se tiene la sensación de que te dejan un dejo insulso o un resabio desagradable. Evidentemente que en ese caso no se trata de la dulzura con la que Jesús nos colma en la comunión.

Con y en la comunión llega a su cumplimiento el sentido de toda la obra, del “juego-teatro” todo entero: la *catarsis*, la purificación del ser humano. En la Eucaristía hemos recorrido los senderos de Jesús, hemos escuchado su palabra. En el Evangelio hemos asistido a su encuentro con los hombres, sobre todo con los pecadores y los enfermos. Mediante pequeños ritos hemos hecho visible la quintaesencia de la vida de Cristo, tal y cual se halla abreviada en su muerte y resurrección. Viendo nos hacemos partícipes de lo mirado. Todo esto lleva a la purificación de los sentimientos y las emociones. La *catarsis* del ‘teatro-de-Dios’ debe llevarnos a aquella pureza de corazón que nos hace capaces de recibir a Dios y de ser total y absolutamente colmados por su amor. Esto, para la mística griega, es redención. Pues para ella redención es, ante todo y sobre todo, divinización. Pero ser divinizado conlleva, al mismo tiempo, la purificación de

---

<sup>47</sup> Ct 4,10.

cualquier humana turbiedad. Casiano, el más importante autor monástico de Occidente, habla de la *puritas cordis*, de la *pureza del corazón*. Un corazón puro espeja la divinización del ser humano. Un corazón puro es para Casiano aquel que está tan lleno de ese amor puro y límpido que se encuentra así capacitado para amar verdadera y realmente.

#### 4. El concepto de catarsis en psicología

Catarsis es un concepto que actualmente también es usado en psicología. Sigmund Freud habló con mucha asiduidad de catarsis. Él denominaba a su propio método terapéutico, catártico. El objetivo del método consiste en liberar al ser humano de aquellos afectos que lo enferman, permitiéndole así conocer y aceptar la realidad y conocerse y aceptarse a sí mismo. Según Freud la catarsis tiene lugar cuando la persona logra recordar aquellas situaciones traumáticas en las cuales sus afectos quedaron como aprisionados, pudiendo de este modo privarlas de su fuerza y neutralizarlas. Según C. G. Jung el alma del ser humano puede purificarse si logra expresar aquello que lo oprime interiormente exteriorizándolo, sea que lo haga a través de palabras, de la pintura, del baile o del juego. Aquí, de facto, se da una mayor cercanía con la forma en que actúa y opera el teatro. Mucho mayor aún es la cercanía entre los efectos de la terapia catártica y el antiguo concepto del teatro considerado como psicodrama, tal y como lo desarrolló J. L. Moreno. La catarsis ocurre allí gracias a la representación dramática de los conflictos. Al hacerlo no es que se repita el pasado. El pasado está muerto. Se trata más bien de una actualización del pasado trayéndolo al presente. Estos son conceptos y representaciones que son igualmente válidos para el teatro-visión de la Eucaristía. Los conflictos que en el pasado suscitara la persona de Jesús se hacen presentes para nosotros hoy, gracias a la palabra. Dichos conflictos son representados en diversos ritos. Nosotros tomamos parte en ellos. Gracias a dicha participación nuestras emociones pueden ser purificadas, ya que muchas veces quedaron ancladas en situaciones traumáticas del pasado. La celebración de la muerte y de la resurrección es la celebración del mayor conflicto que los seres humanos podamos llegar a conocer. Al hacerlo, las cadenas interiores se aflojan. Quedamos liberados de ataduras. A. Schutzenberger denomina al psicodrama *el teatro del ser humano liberado*<sup>48</sup>.

El “juego-visión” de la Eucaristía puede ser entendido de manera similar: en ella se “juega”, se visualiza y representa, nuestra liberación, nuestra redención. En ella es como que vamos-entrando-en-el-juego de nuestra redención. En ella podemos experimentar la liberación y purificación de fijaciones y turbulencias provocadas en nosotros por la vivencia de experiencias traumáticas. Por supuesto que esto no lo experimentamos en la celebración de cada Eucaristía. Pero a mí me ayudan estos

---

<sup>48</sup> *Catarsis en Dictionnaire de Spiritualité*, 8,1688.

préstamos tomados de la filosofía griega, del mundo del teatro y de la psicología moderna para poder entender mejor el misterio de la Eucaristía. Son muchos los que hoy afirman quejumbrosamente de que con la Eucaristía nada se puede lograr, ya que nos transporta a un mundo que poco o nada tiene que ver con el nuestro. También una obra de teatro nos transporta a otro mundo. Pero en ese “contra-mundo” somos confrontados con nosotros mismos. También en el teatro moderno se juega y trabaja con el extrañamiento. Al ver nuestra vida representada desde un punto de vista absolutamente distinto y que nos extraña tanto, podemos conocer en dónde está el verdadero problema de nuestra existencia humana. Experimentamos el peligro de nuestra fragilidad tal como claramente aparece en la muerte en cruz de Jesús. Y presentimos la liberación y la transformación obradas por la resurrección de Jesucristo que se hace presente en el juego santo.

## Conclusión

Al aproximarnos a la Eucaristía guiados por imágenes tales como catarsis, “teatro-visión” o “juego-visión”, las expresiones como aquella de: *en la Eucaristía celebramos nuestra redención*, dejan de ser huecas palabras. Si entramos-en-el-juego santo de la Eucaristía realmente tienen lugar en nosotros la redención, la liberación y la purificación. ¡Cierto!, el acontecimiento redentor nos es dado. No tenemos que repetirlo. Nuestra tarea consiste en mirar aquello que celebramos, dándonos permiso para entrar-en-el-juego-santo. Entonces algo del actuar salvífico de Jesús penetrará en nosotros. Saldremos de la celebración más limpios y más libres, aunque no siempre nos demos cuenta de ello. La catarsis no puede ser reconocida de inmediato. Tampoco se deja cuantificar. Pero podemos confiar que de lo más profundo de nuestra alma se desprenderán suciedades e impurezas, parálisis y turbulencias, dejándonos más limpios y puros. Nuestras emociones quedan purificadas. Sin embargo la purificación y limpieza obradas por el “juego-visión” necesitan en la vida cotidiana de una decisión consciente en favor de aquello puro y limpio que existe en nosotros. Es necesario que en el día a día de nuestra existencia exponamos a la luz de Cristo todas nuestras emociones, muchas veces nada puras, para que, sobre todo cuando se nos quieran adherir impurezas y turbulencias, la luz de Jesús brille a través nuestro.

En un tiempo como el actual, en el que la prensa nos informa cada día sobre nuevos hechos de corrupción y de cómo hasta las grandes corporaciones falsean sus balances, crecen los anhelos y deseos de transparencia y limpieza. De bien poca ayuda es el señalar con el dedo índice a los demás, pretendiendo moralizarlos. Todos sabemos y sentimos que en nosotros existe lo poco limpio, lo turbio, lo mezclado, lo poco claro. La Eucaristía responde a nuestras ansias de transparencia. Le presentamos a Dios nuestro turbio yo, nuestro amor impuro y las sucias mezquindades de nuestra vida, para que mediante el “juego-visión” de la muerte y resurrección de Jesús experimentemos la catarsis, ese proceso purificador. Cuando nuestras emociones y

nuestro inconsciente se hacen más límpidos y puros, crece en nosotros el instinto, el olfato, para lo puro y limpio. La Eucaristía no es una celebración sólo para nosotros. En ella presentamos a Dios la impureza de este mundo, para que por medio del “juego-santo” de la Eucaristía el mundo sea más y más embebido y purificado por el Espíritu de Jesús.



# Historias de probada juventud

## *Viajando entre amigos*<sup>49</sup>

Llevaba ya casi dos años sin visitar a mi familia. La pandemia cerró las posibilidades de viajar y rompió mis agostados deseos de encuentro, ocultos bajo el tenue color de la mascarilla. Una prescripción médica por falta de vitaminas me regaló, como el mejor tratamiento, la vuelta al pueblo para estar unas semanas con mi gente en busca de las raíces.

Hacía en tren un largo viaje. Distribuidos los viajeros en diagonal para marcar las distancias preceptivas, mi compañía varió varias veces a lo largo del trayecto. La tercera de las ocupantes del asiento fue una señora que ya no cumplía los sesenta y, que por lo mismo, daba a esta historia, un tinte de **probada juventud**. Llegó, en su momento, se sentó y, a los pocos minutos, sacó de su bolso un libro para acortar el tiempo e instruir la memoria. El libro llevaba por título, nunca lo hubiera imaginado, *“30 días con Don Bosco”*. Observé el libro y miré a mi compañera de viaje. Ella percibió el reclamo de mis ojos y una acogedora sonrisa.

- ¿Lo conoce?
- Sí, desde ya hace algún tiempo. Yo soy salesiano.

Ahora fueron sus ojos los que cantaron una mal disimulada sorpresa.

Ambos en silencio releíamos el libro, yo con mis recuerdos, ella en una de las páginas del inicio. “Más que nunca en un mundo enfermo y asustado, hoy, como entonces, tenemos necesidad de proponer a Don Bosco para creer, como él, que la santidad es posible, en lo cotidiano débil y repetitivo de la vida”... Esta lectura te ayudará “a respirar recuerdos y quitar el polvo que continuamente se deposita no solo en los muebles de la casa, sino también en el alma, para que puedas tener aquel corazón oratoriano, que siempre te ha fascinado”.

No había trascurrido media hora y me compañera terminaba su viaje. Ella se iba con su libro de Don Bosco; yo me quedaba, una vez más, pensando, soñando con Don Bosco en mi corazón.

- Seguiré leyendo el libro, me dijo como despedida. El protagonista me tiene cautivada. Conocerlo ha sido una de las mejores cosas que han sucedido en mi vida.
- Muchas gracias por sus hermosas palabras, dije, mientras le ayudaba a bajar el equipaje.

Las tres horas que me restaban de viaje, a partir de este momento, las hice muy acompañado. Don Bosco estaba en mi horizonte y se había hecho presente a través de aquella “dama oratoriana” que encontré, un día, viajando de Vigo a León.

**Isidro Lozano**

---

<sup>49</sup> Publicado en el *Boletín Salesiano*, octubre de 2021.



Campaña  
Postales  
2021-22



**salesianos**  
SANTIAGO EL MAYOR



ENCUENTRO



CUIDADO



ESPERANZA